

POESÍAS Y CUENTOS MORALES

POR

DON JUAN MARÍA NAVARRETE.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

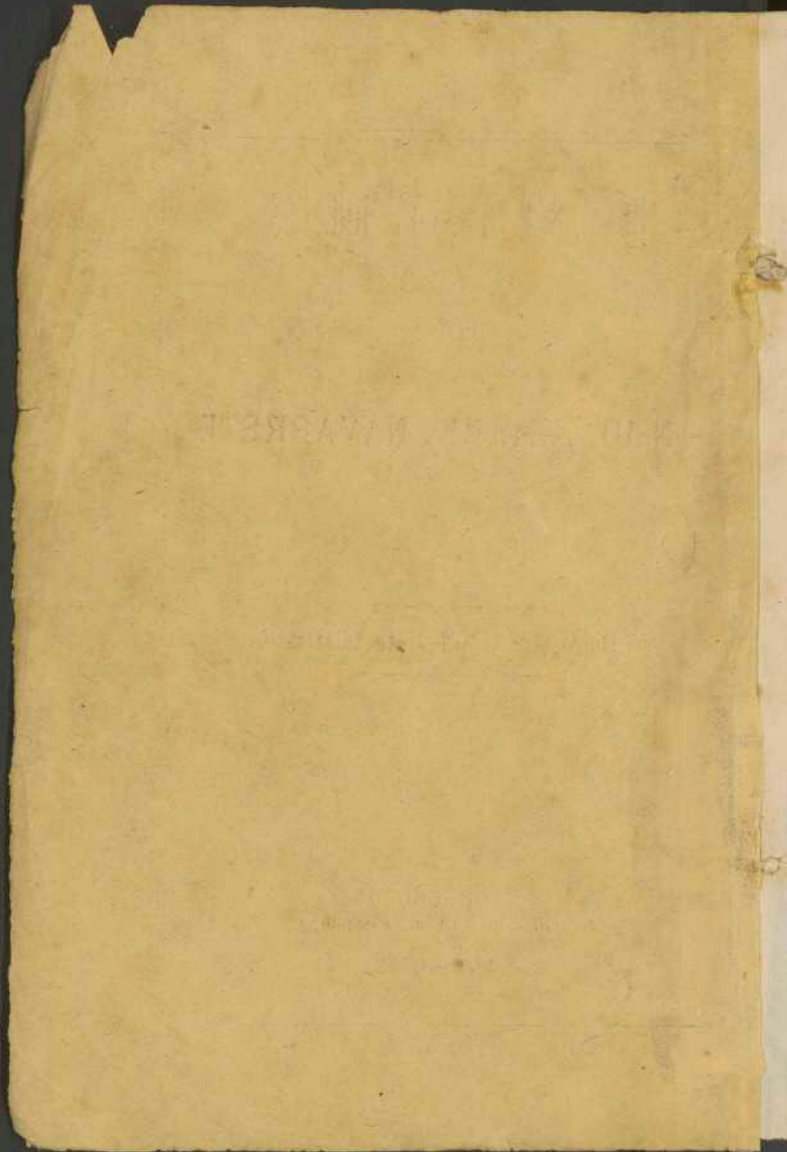
LOGROÑO.

Imp. de Federico Sanz, Estacion, 2.

1880.

B

3



OP 12030

POESÍAS Y CUENTOS MORALES

POR

DON JUAN MARÍA NAVARRETE.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

LOGROÑO.

Imp. de Federico Sanz, Estacion, 2.

—
1880.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTEN

ASTEN

ASTEN

ASTEN

ASTEN

MARÍA.

Oh dulcísimo nombre de María,
Que al pronunciarlo en su miseria el hombre
Expresa ya con tan sagrado nombre
Un raudal de elocuente poesía;
Ante tus piés, Señora, me dirijo
Con corazon contrito y humillado
Que al pecador que llama en este estado
No lo desprecia en su bondad tu Hijo,
Y aunque hasta indigno de invocarlo el hom-
Es tu bondad mayor que su osadía (bre
Mi corazon, Señora, se extasía
Al pronunciar tan regalado nombre;
Ya lo estampe, Señora, en mis cantares
Como un favor de tu bondad lo miro,
Que si lo invoco que si fé respiro
Gracias serán que tú me dispensares;
¿Quién tu nombre dulcísimo ho María,
Quién te invocó que tu favor no hallara?
¿Y quién contrito ante tus piés llegara
Sin obtener el don que pediría?
Yo, Señora, te pido reverente
Un favor especial para este dia,
Y es, que el sagrado nombre de María
Pueda estamparlo de mi escrito al frente;
Que al pronunciarlo sentirá el que lea
De hermoso amor el fuego que extasía,

No se pronuncia el nombre de María
Sin que abrasado de su amor no sea;
¡Oh Madre de mi Dios, Virgen María,
Madre tambien del pecador que llora
Bajo tu amparo y proteccion, Señora,
Sale á la luz mi humilde poesía!

JESÚS SACRAMENTADO.

Oh Dios de amor, en ese Sacramento,
Al hombre velas Tu divina esencia
Para que el hombre llegue á Tu presencia
De profundo terror y miedo esento;
Yo tambien pecador hoy me presento
El perdon implorando á Tu clemencia,
Mi redencion logró Tu omnipotencia
De la cruz espirando en el tormento;
No me mires, Señor, en mi pecado
Viador que estoy en el camino estrecho
Con el dolor cruel de lo pasado;
Mírame, oh Dios, en lágrimas deshecho,
Y con humilde confesion probado,
Y dígnate venir ahora á mi pecho.

EL CONSUELO EN LA FÉ.

El tiempo marcha sin que á nadie asombre
Y así va el sol por su fugáz carrera
Hácia el ocaso que á su vez le espera
Como camina hácia su fin el hombre:

Tal vez si al astro que al cenit domina
Mira á la luz de su radiante fuego
Queda asombrado al contemplarlo luego
Que en el poniente su fulgor declina;
Yo me vi ayer que al mundo aparecía
Con los matices de la edad primera,
Y hoy me contemplo en la veloz carrera
Tocando casi el postrimero día;
El meditar al hombre le engrandece
Contemplando su muerte resignado
Pues ve temblando el corazon cuitado
Ese terrible trance que extremece;
La fé tan solo su temblor detiene
Otra vida, le dice, hay que te espera
Es la del mundo su veloz carrera
Pero otra el cielo en su bondad te tiene:
Así medito y en mi Dios confío
Temblando empero su terrible instante
Y espero si, de su bondad mediante
La redencion á todo mi estravío:
Tranquila un tanto en su estupor el alma
Únese á Dios con caridad sincera,
La religion al que la cumple espera
El trance fuerte en resignada calma;
Tal vez el hombre caminando errado
Pondrá su error con la verdad en lucha
Pero si atento á su conciencia escucha
No ha de negar al sér que lo ha criado;
¿Qué mas el hombre aclamará en desdoro

Del buen criterio de la raza humana?
¿Qué mas? No hay mas; ante ficción tan vana
Yo miro al hombre, lo contemplo, y lloro,
Oh patria mía, que la paz te sea,
Nunca toque el error tu frente pura,
Mas valia no ver, que verte impura,
Mas valiera morir que verte rea.

EL PORVENIR.

Ven, alma mía, que en tu Dios meditas
Al infinito lánzate en un vuelo
Tu atrevimiento lo disculpa el cielo
De contemplar verdades infinitas;
Eterno Dios, mi frente contra el suelo
Vil pecador me pongo en tu presencia
Y te suplico escuches con clemencia
La humilde voz que te dirijo al cielo;
No culpes, no, de audaz mi pensamiento
Si hasta tus plantas á subir se atreve
Que mi aflicción, Señor, es quien lo mueve
Y tu bondad quien presta el ardimiento;
Dígnate darme de tus sacros dones
Algo de luz que mi rudeza aclare
Sea á tu gloria si mi voz cantare
Y mis cantos aceptas oblaciones:

En el principio existes en tí mismo,
Oh tu gran Dios, que el universo hicieras,
Y ese universo entero convirtieras
Solo á tu voz del caos al abismo;
Prestas el ser á todo lo existente,
Pende lo inmenso solo de tu mano
No hay para tí algun límite lejano
Sin dominar tu brazo omnipotente;
Dame del mal, Señor, ojos enjutos
Para poder fijar en mi memoria
Algo de grande de tu inmensa gloria
Y contemplar mejor tus atributos;
En tí bondad, saber y omnipotencia
Y la justicia existe en infinito,
Yo te contemplo con tu ser bendito
Y sin principio y fin en tu existencia;
¿Cuál pues será tu gloria y tu hermosura
Y cuál tambien tu bienaventuraza?
Dame, Señor, medite en lontananza
Algo del rayo de tu luz tan pura;
Déjame, sí, que al verte tan glorioso
Y tan perfecto en todo omnipotente
Que me complazca y goce reverente,
Y me complazca y goce venturoso;
Gozome pues, Señor, en tu existencia
Y en tu saber me gozo, y tu justicia,
Y en tu bondad para el mortal propicia,
Y en tu eternal perenne omnipotencia;
Pero si tierra soy, si indigno empero

De presentarme, oh Dios, en tu presencia,
Dígnate al ménos por tu gran clemencia
Que te ame siempre con amor sincero;
Sólo una idea, oh Dios, eternamente
Me persigue, me irrita y me atormenta,
Mi alma perturba y mi paz ahuyenta,
Sin que jamás la arroje de mi mente;
Esa idea, Señor, es que á ofenderte
Mientras el mundo habite estoy expuesto,
Líbrame, oh Dios, de instante tan funesto
Aun fulminando el rayo de la muerte;
No conocí, Señor, cuando he pecado
La inmensidad de la maldad que he hecho,
O si pudiera desgarrarme el pecho
Y perecer primero anonadado,
No pesaría entónces en mi frente
De pecador la enseña maldecida,
Maldito aquel instante de mi vida
En que ofendí tu rostro omnipotente;
Oh nunca nunca, pecador me veas,
Yo á tu bondad suplico reverente,
Antes sucumba por el rayo ardiente
Y á tu bondad diré bendito seas:
Pero sigamos, pensamiento mio,
Esas verdades santas meditando,
He de morir mas sin saber el cuando,
No prevenirlo fuera un desvarío:
¡Ante mi Dios un juicio! ni un pecado
Puede del cielo entrar en la morada,

La eternidad entera está juzgada
Al que en algun mortal es alcanzado:
Cayó Luzbel de su elevado asiento,
Del paraíso Adán fué desechado,
Hubo un Sodoma pero fué abrasado
Cae Salén quebrado en su cimiento;
Del diluvio las aguas rebasaron
Del orbe entero toda la comarca,
Noé tan sólo y los que cupo la arca
De la irrupción del agua se salvaron;
Abre la mar para Israel salida
Y en el desierto todos sucumbieron,
Josué y Caleb tan sólo consiguieron
El penetrar la tierra prometida;
Dos y no más tan sólo penetraron
De tres millones que Israel tuviera,
Aquel desierto sepultura fuera
A los restantes que sobre él pisaron:
¿Es éste acaso misterioso emblema
De aquellos pocos que entrarán al cielo?
Pensamiento, detén, detén tu vuelo
No es para tí aclarar este problema:
Mas meditemos en el trance fuerte,
Que del bien y del mal he de dar cuenta,
Al meditarlo el alma se atormenta,
Viene el mandato á ejecutar la muerte;
El ánsia entónces ¡ay! y los temores
Por todas partes cercarán mi mente,
De un porvenir se trata eternamente,

Del sumo bien, ó el cúmulo de horrores;
Ante la faz de tan cruel dilema
¿Quién será aquel que el porvenir prevee
Que anonadado en sí no titubee
Y el espantoso porvenir no tema?
La incertidumbre y suspicaz recelo
Perturbarán mi alma acongojada
Cual el audaz que arriesga una jugada
La han de poner entre el infierno y cielo;
¿Y quién al alma tornará el sosiego
Ante ese horrendo porvenir sombrío
Al contemplarte en tu furor, Dios mío,
Y meditar la eternidad de fuego?
La eternidad, quien hay que la recuerde
Con sus iras de Dios y fuego eterno....
Huye de mí, oh idea del infierno,
Que al meditar te mi razón se pierde;
Pensamiento detén, detén tu vuelo
No te asuste tu suerte en lontananza
Que la Madre de Dios es tu esperanza
Y la Madre de Dios está en el cielo;
¿Quién en el mundo ante sus piés se echara
Que defraudada su esperanza viera
Y quien su amparo en su dolor pidiera
Que protección en su bondad no hallara?
Madre de Dios tu, virginal María,
Amparo cierto al pecador que llora
Haz de mi muerte nave salvadora
Que me conduzca á tu mansion un día;

Reina del cielo, divinal María,
Tú mi abogada en el terrible instante
Me ampararás y sacarás triunfante
Y mi sostén serás en mi agonía;
Ven á mi muerte, oh celestial María,
Ven á mi muerte y moriré contigo,
Porque mi muerte si tu amor consigo
Será nacer para el eterno día;
Torna, Señora, á mi alma la alegría
Tú que en tu amor el alma me arrebatas
Pues con cariño maternal me tratas
Mas que mi madre me trató algun día;
Yo mi existencia por tu amor daría,
Deliro en tí, contigo me extasío,
Hasta tentarme el loco desvarío
Que en el delirio mismo te amaría;
Madre de Dios, cuando llegare el día
De decidirse mi tremenda suerte
Pide á Jesús que por su santa muerte
Sea tambien de salvacion la mía:
Oh divino Jesús, dígnate ahora
Al pecador oír que en tí confía
No tu pasion sino redimiría
Al que contrito tu perdon implora;
No mires no, á tu siervo en tu justicia
Que ya su voluntad es solo tuya,
Sin que jamás ninguno la destruya
Porque confío en tu bondad propicia;
Tú si la muerte me la das, la acepto

Con voluntad conforme con la tuya,
Que aunque el instinto natural arguya
Humillaré el instinto á tu precepto;
Si de mis culpas el atroz proceso
Quieres del templo diga ante la puerta,
A la pública faz con ciencia cierta,
Si así es tu voluntad, yo las confieso;
Si me lo ordenas, de Sanson á ejemplo,
De propia mano terminar mi muerte,
Dame tu gracia y me verás inerte,
Dame sus fuerzas y quebranto el templo;
Todos mis bienes si arruinados luego
Tú lo quisieras sean incendiados,
Dame, Señor, el verlos hacinados
Y en el instante los arrojo al fuego;
¿Qué pues, Señor, querrás de este infelice,
Su voluntad contigo exclavizada
Que ante tus piés postrado se anonada
Y ante tu faz contrito te bendice?
Ten compasion, que un tiempo si ofendida
Tu magestad inmensa de él ha sido
Acuérdate tambien lo has redimido
Con tu sangre, Señor, para él vertida;
Quita pues ya tu vista á mis maldades
Por mi dolor de haberlas cometido,
Que en proporcion si no es al ofendido
Es para usar conmigo tus bondades;
Es de tu muerte el mérito infinito
Y mi maldad ante este limitada,

Y pues el punto al infinito es nada,
Perdona, oh Dios, al pecador contrito;
No en mi miseria á tu poder arguyo,
Súplica humilde ante tus piés envío,
Pues por tu amor detexto mi extravío,
Con tu bondad mi iniquidad destruyo;
Yo pues, en tí confío reverente
Tú que la faz del mundo renovaste
Y á Magdalena de tus piés aizaste
Salvando á Dimas de la cruz pendiente;
No, que á tu amor no hay limite ni balla
Tú que te das á mi alma en alimento,
Y en la oracion si elevo el pensamiento
El paso libre hasta tu trono lo halla,
¿Por qué pues temo con terrible espanto
Siendo tú, oh Dios, quien dictas mi sentencia?
No, ya no más, me entrego á tu clemencia,
Oh Dios de amor, y ceso en mi quebranto;
Si, Dios de amor, en tu bondad confío
Cuanto el esfuerzo de mi mente alcanza
En tu Pasion fundando mi esperanza
Y mi perdon en tu bondad, Dios mío;
Cuando me vea en el instante fuerte
Que es precursor de la eternal sentencia
Yo adoraré, Señor, tu providencia
Y con tu amor me entregaré á la muerte:
Eterno Dios, mi frente contra el suelo,
Vil pecador me puse en tu presencia
Y te dignaste oir en tu clemencia

Mi voz humilde dirigida al cielo;
Acoge ahora mi agradecimiento,
Ante tus piés pidiendo reverente
Que como ofrenda admitas, Dios clemente,
Del corazon mi humilde sentimiento;
Dígnate ahora que me junte al coro
Que tus bondades y tus glorias canta
Dándote gracias en plegaria santa
Pobre mi acento entre tus arpas de oro;
Dígnate me una á aquellas melodías
De aquel sublime misterioso canto
Que repitiendo santo, santo, santo,
Entre tus coros escuchó Isaías;
Dígnate ahora oirme en mis canciones
Que al habitar la iglesia militante
Sobre este mundo peregrino errante
Oigo te cantan todas las naciones;
Dígnate ahora recibir clemente
Esa esperanza de que llegue un día
Que con tu coro en plácida armonía
Cante, Señor, tu gloria eternamente.

LA ORACION.

I.

Es el hombre el viador
Que partiendo á su destino

Escoge él entre el camino
De la verdad ó el error;
Y á manera que el bajel
Derrumba roto el timon
El hombre sin oracion
Errante marcha como él;
Que es al hombre la oracion
Lo que al soldado la espada,
Este sin ella no es nada
Nada sin orar aquél:
Oh poder de la oracion,
Que en tu misterioso vuelo
Robas las gracias al cielo
Y esas gracias tuyas son;
Y oh venéfica oracion,
Que en una inefable calma
Unida á su Dios el alma
Se arrebató el corazon;
Pedid y recibiréis,
Jesucristo así lo dijo
Por los méritos del Hijo
Del Padre lo lograréis;
Y así el texto más terrible
Que la escritura en sí encierra
De ella el espanto destierra
Una oracion apacible;
Vamos pues considerando
Cada espantosa sentencia
Que dictó la Providencia

El bien del hombre ordenando;
Son pocos los escogidos
Para el estado de gracia,
Orando con eficacia
Ya serémos elegidos;
Del cielo á la estrecha puerta
Por no trillado camino
Conduce el amor divino
Por vía segura y cierta,
Orando así sin cesar
Con contrito corazon
Puede el rico en la oracion
El imposible allanar;
¿Si el justo se salva apenas
Qué hará el pobre pecador?
Orar y orar con dolor
Hasta romper sus cadenas
Procura pues, alma mía,
Salvarte con la oracion
No sea tu acusacion
Lo que adviertes este dia,
Y pensando en nuestra suerte
Vamos por camino cierto,
Imita á Cristo en el Huerto
Orando antes de la muerte.

II.

Ten compasion, oh Dios de las bondades,

Ten compasion de un pobre pecador,
Mira aquí al hijo lleno de maldades
Vuelto por fin al seno de tu amor;
Yo que apuré las heces del pecado,
Yo que me harté de su podrido hedor,
Lágrimas vierto por mi mal pasado
Perdon pidiendo á tu bondad, Señor:
Lloro y detexto mi pasada culpa,
Lloro y detexto mi espantoso error,
Sin alegar ante tus piés disculpa,
De la maldad que me arrancó tu amor;
Lloro ese tiempo que perdí extraviado
De la locura en el funesto altar,
Tiempo precioso por mí malgastado
En el olvido de quererte amar;
Mas ahora te amo con ferviente anhelo,
A tí tan solo ve mi corazon,
Sólo en amarte se halla mi consuelo
Sólo en tu amor se templa mi afliccion;
Ay, en tí tengo mi esperanza firme
Es infinita é inmensa tu bondad,
Triste y contrito vesme arrepentirme
Deja, Señor, borrada mi maldad;
Lágrimas puras de dolor contrito
Todo lo pueden á tus piés, Señor,
Y es tu poder inmenso é infinito
En perdonar al pobre pecador,
Helas aquí vertidas á tus plantas,
Ve en tu bondad mi triste corazon

Calma, Señor, tus iras sacrosantas
Dándome oh Dios, tu paternal perdón;
Y ya que al fin oveja descarriada,
Vuelvo al redil y al seno de tu grey
Limpia, Señor, la vida mancillada
Del pecador que observará tu ley.

III.

Omnipotente Dios, que de tí mismo
La inmensidad inconcebible llenas
Y el poderío de tu ley ordenas
Desde los cielos al profundo abismo,
A tu presencia vengo, ante tí mismo
Lleno de luto el corazón de penas
Que ya borró la sangre de tus venas
De mi maldad el infernal guarismo;
Yo te adoro, oh mi Dios, ser infinito,
Anonadado ante tus pies me postro
Contra la tierra confundiendo el rostro
Temblando, empero el corazón contrito,
A meditar yo vengo en tus verdades,
Dame, Señor, tu amparo y eficacia
Para borrar del todo mis maldades,
Con un raudal de tu divina gracia:
Oh vírgen santa, si tu amor faltara
Si no se oyera el nombre de María
¿Qué en este mundo del mortal sería
Que á tu regazo maternal se ampara?

Oye benigna mi angustiosa cuita,
Logra á mi mente la celeste llama
Que el Criador espíritu derrama
Al pecador que el porvenir medita.

IV.

Ya la noche lentamente
Marchó llevando el sosiego
A los pueblos del Occidente,
Y ya la aurora en oriente
Derrama su albor de fuego;
Alma cristiana, medita
La situacion en que estás
Porque esta noche quizás
En una vida infinita
De repente te hallarás;
Cual tu aquí lo dispusieres
Así allí lo encontrarás
Pero una vez que partieres
No puedes volver atrás
Si en tu juicio mal salieres,
Que del lado que cayeres
Será eterna tu existencia
Porque así la Omnipotencia
Fijó en su divina ciencia
El destino de los séres;
Sigue del cielo el camino
Y pon en Dios tu confianza

Que El hizo de la esperanza,
Una antorcha del destino,
Que vemos en lontananza;
Que la confianza en tu Dios
Le es agradable á El tambien,
Es poderoso sostén,
Y es un lazo que á los dos
Os une para tu bien;
Y llama y llama á tu puerta
Con contrito corazon
Que á la celeste mansion,
Si no encontrases abierta,
Te entrará la contricion,
Mas ¿quién contrito llamó
A Dios que no le encontrara?
Como contrito llamara
Tal vez su dolor probara
Pero no encontrarle, no;
Dios en tí derramará
Lo abundante de su gracia
De dones te llenará,
Y más y más te dará
Si sigues con eficacia;
Que ese penoso camino
Que al principio te asustó
Cual prodigio peregrino
La gracia fácil tornó
Para seguir tu destino;
Vete al altar al instante

Que es de Dios la habitacion
Para entrar en su mansion
Solo pide un corazon
Que esté contrito y amante;
Vete y llora ante tu Dios
Que ese lloro ablanda al cielo
Ese lloro es el consuelo
Que trae consigo en pós
La esperanza de su anhelo;
Que Dios tus pasos dirija,
Que al entrar en su mansion
Encuentre en tí contricion
Para decirte, eres mi hija
Que rescaté en la pasion;
Tus pecados ya no son
Mi gracia los destruyó
Que mi amante corazon
Hija mia te tornó
Por tu pura contricion.

V.

¡Ay! cual bramando el huracan se lanza
Del alta cumbre por el llano inmenso
Y al fuerte envion de su violento empuje
La encina cae con el roble al suelo,
Luego se avanza con silbido horrible
Y al mar provoca con tenáz empeño
Y al mar conmueve en su violento choque

Desde la nube á su profundo seno;
La nube entónces á su alvedrío lanza
Cual leve arista por el vago viento
Y víl juguete de su horrenda furia
Esparce en grupos á lejanos reinos;
Un tiempo así, cual nubecilla vaga
Mi mente fué capricho de los vientos
Corriendo en pós de la ilusion mentida
Que así absorviera á mi carrera el tiempo;
Cual negro sueño recorrí el espacio,
Y ví el abismo ante mis piés abierto,
Y ví el destino de mi errante vida
Que un Dios me diera para fin eterno;
Y ví el final del mundanal engaño
Que yo abrazara con ferviente anhelo,
Cual loca nube remontarse al vago
Ni aun de su estancia relegando un eco;
Y ví ese vago por mi mal trazado
De el grande amor debido á un Dios eterno,
Y ví mis manos de bondad vacías
Temblar convulsas por su fin inmenso;
Yo desperté con pesadilla horrible,
Temblaba empero á mi horroroso sueño,
Era el soñar del hombre que medita
Ante su Dios y ante su fin eterno;
Era el mirarme al fondo del abismo
Trémulo el pié, desquilibrium el cuerpo
La eternidad de horror á mi presencia
Y yo al rodar á su profundo inmenso;

Era el mirarme oveja descarriada
Víctima ya del lobo carnicero,
Y á quien librara inesperado acaso
Volver por fin de su redil al seno;
Temblé y lloré, y ante mi Dios postrado
Gracias le dí por el favor inmenso
Que á su bondad sin límites debiera
Su ya contrito y humillado siervo.

VI.

Piensa, alma mía, y medita
Nuestro extravío y error
Procurando con virtudes
Alcanzar la perfeccion;
Tiemblas, alma, no te tiembles
Menguado es ese temblor
Llora tus culpas mas llora
Lágrimas de contricion
Que el que en el Gólgota un tiempo
Su sangre por tí vertió
Por ella pide tu llanto
Y por su muerte tu amor;
Pecó un tiempo Magdalena,
Y Pedro tambien pecó,
Y pecador fué Agustino,
Y Paulo fué pecador,
Y hoy son brillantes modelos,
De la Iglesia admiracion;

Así suspende, alma mía,
Lo amargo de tu dolor
Que el llanto solo es la puerta
Del camino del amor
Y el camino el que conduce
Al ósculo del Señor;
Y ese camino que al cielo
Jesucristo nos trazó
Aunque es árido y angosto
Henchido está de su amor,
Y quien bien por él emprende
Ya la mitad avanzó,
Quien camina en Dios fiando
El término consiguió;
Que el que contrito y humilde
Auxilios pide á su Dios
De su bondad infinita
Siempre auxilios consiguió;
Mas contemplemos ahora
Lo que el hombre debe á Dios;
Presa un dia de la muerte
Que costó su redencion;
De la misa el sacrificio
Va á celebrarse ese don
De valor inestimable
Que Cristo al hombre legó;
El sacerdote se avanza
Y de Jesús la pasion
Renovándose en el ara

Se ofrece víctima á Dios
Piensa, alma mía, y medita
Lo grandioso de ese don;
Pero hay está Jesucristo
Jesucristo sí, ese Dios
Encubierto á nuestros ojos
Con el velo del amor,
Oh Dios mío, yo te adoro
Ten ¡ay! de mi compasion
Y sé en tu bondad propicio
A este humilde pecador;
Alma mía, ve el sustento
Que te prepara el Señor
Su cuerpo y sangre te ofrece
Que á tanto llegó su amor,
Ese alimento del alma
Que al débil fortaleció,
Al pobre llenó de dones,
Al rico perfeccionó,
Al vacilante sostuvo,
Al martir le confortó,
A las vírgenes mantiene,
Y al penitente ayudó,
El es siempre para el alma
El mas esquisito don
Pues nada existe que pueda
Compararse con un Dios;
Ay, alma mía, contempla
Espiritualmente al Señor

Y cuando fueres probada
Recíbele con amor;
Es el tesoro inaudito
Que el hombre no comprendió
Porque la mente es muy corta
Siendo infinito ese don:
Alma mía, el fruto sea
De la actual meditacion
Prepararte dignamente
Para recibir á Dios
Y acuérdate para siempre
Lo que un dia declaró
Que quien lo come, en lo eterno
Vivirá con el Señor,

VII.

Gracias Señor por los inmensos dones
Que tu bondad en mi alma derramara
Hijo tuyo y partícipe en tu gloria
Es este ser que hiciste de la nada;
Tú mi dolor escuchas compasivo
Tú mi maldad dejaste perdonada
Tú no miraste entónces tu grandeza
Sino al mortal que ante tus piés lloraba;
Mas ¡ay! mi Dios ¿si tu poder inmenso
A este infeliz con tu poder no ampara
Qué opimos frutos presentar pudiera
Qué digno incienso ante tu faz alzarán?

Yo un corazon contrito y humillado
Lleno de amor presento ante tus áras
Víctima digna á tu presencia sea
De tus bondades en accion de gracias.

VIII.

La meditacion al alma
Es manjar que la sustenta
Y en la cual nuestro espíritu
La luz que le guíe encuentra;
Los grandes santos labraron
Sus grandes hechos con ella,
Y sin ella en vano el hombre
Una perfeccion intenta;
Medita pues cada dia
Un rato en la vida eterna
Son las obras que en el mundo
Guían ó desvían de ella,
Y luego que consideres
Alguna verdad severa,
Propon en tu corazon
Resolucion verdadera
De practicar desde entónces
Lo que á tu alma le aconseja,
Aquella meditacion
Que te dictó tu conciencia;
Darás gracias al Señor
Del bien que encontraste en ella,

Y si la aridez tan solo
Adviertes, no estés con pena,
Que el valeroso soldado
Que dispuesto á la pelea
Guarda su puesto constante,
No es culpa suya no venga
El enemigo á la lid
Al cual valiente le espera;
Sé pues soldado obediente,
Y escucha siempre la recta
Orden de tu director
Que te guíe en esta senda,
Y si sequedad y tedio
En tu oracion solo encuentras
Con sequedad y con tedio
Será tu vida perfecta
Mejor que con las dulzuras
Que á tu alma no convinieran;
Sigue pues perseverante
Con confianza y con firmeza
Sin que de ello te desvien
La suerte buena ó adversa,
Despreciando los ardides
Que de ella te retrageran
Que el alma que en Dios medita
Es la alma que á Dios encuentra;
En la práctica usarás
Esos tipos de la ciencia
Un Kempis Sales Loyola

Que tanto al espíritu enseñan;
Yo infeliz canto las glorias
Admirando la belleza
Que contiene la oracion
Que el alma á su Dios eleva,
No es mi mision descender
A una práctica completa
Yo cumplo con mi destino
Cantando sus excelencias.

PRUDENCIA.

Con amor y temor de su destino
El hombre viador corre la senda,
Y si en su viaje hácia el error se inclina
Regule su criterio á la Prudencia;
Oh divina virtud, el complemento
De la sana moral en tí se encierra,
Y cual fanal para el que errante vaga
Traes tu al fin á la debida senda,
¿Qué haría el hombre en su penar sumido
Cuando luchando entre contraria idea
Careciese de luz sin cuyos rayos
La verdad del error no distinguiera?
El hombre duda, en su penar se afana,
Y entre una y otra la opinion le encierra;
Y fatigada su perpleja mente

En un cerco de hierro se encarcela,
La luz entónces del prudente juicio
Puede el hierro romper que lo encadena
Y la diafana luz que lo ilumina
Del foco donde nace, es la Prudencia;
Vemos que marchan encontrados bandos
Al mismo fin por diferentes sendas,
Pues la mente del hombre fascinada
No siempre sanos sus productos crea;
Verás á un lapso caminar tranquilo
Entre los riscos de siniestra senda,
Y por dañina yerba confundido
A la planta vital con el pié huella,
Yermo dejando su fatal sendero,
Cual el corcel que en su veloz carrera
Desviado del fin corre al acaso
Cuanto le afronta derribando á tierra;
Feliz el hombre si en tan triste vía
Halla un rayo de luz que lo detenga,
Y cual á Saulo la verdad mostrando
Gué otra vez á la debida senda:
El rigorista en lobreguez sumido
Traza á su vez impracticable senda,
Y un acto meritorio se imagina
Estrechándola aún más, la puerta estrecha;
Por todas partes su mirar sombrío
En la sencilla accion maldad encuentra,
Oh preciosa verdad donde te escondes,
Oh, triste humanidad, si de el pendieras;

Misántropo el pintor de negras sombras
Cubre el vergel de la campiña amena
Y hasta el perfil del inocente niño
Con tétricos colores delinea,
Si alguna vez de su pincel brotara
Con vistosos matices la pradera
La tempestad encima colocara
Que el rayo de su seno despidiera;
Tú, preciosa Prudencia, tú tan sólo
Los torcidos caminos enderezas
Y el límite seguro determinas
Con el compás de la conciencia recta;
¿Qué importa entónces que extraviadas som-
De opiniones contrarias se entremetan (bras
Cual escrúpulo insano que pretende
Desorientar al hombre en su conciencia?
Al desden se relegan cual fantasma,
Que el negro humor, ó la ignorancia crea,
Y ante el juicio prudente de lo recto
La lapsitud y el rigorismo cedan;
Oh divina Prudencia, quise acaso
Con toscos rasgos tu inmortal belleza
En mi lira cantar, y al intentarlo
Cedo á lo grande de tan árdua empresa,
Tú en el Hombre de Estado eres la norma
Del docto Magistrado eres la regla,
Al Militar le marcas el camino
Y al inflexible Juez la providencia;
No hay acciones virtuosas en el mundo

Si se repele de ellas la Prudencia;
Estampé mi sentir, réstame sólo
Contemplarme á mí mismo en esa escuela;
Y las reglas del juicio practicando
Mirar á mí cual juez que lo sentencia,
Y miro mi mision, y reflexiono,
Y contemplo el final de mi existencia,
Y mi modo de obrar considerando
Debo cual juez dictarme la sentencia;
Oh divina virtud algun destello
De tu divina luz mi sien penetra,
Y mi estancia en el mundo meditando
El terror de mis nervios se apodera;
La eternidad cual basto panorama
A mis trémulos ojos se presenta,
Y mi vida insegura y vacilante
Próxima ya para lanzarme en ella,
¿Qué va á ser, ay mi Dios, en el instante
Que ante Tí comparezca á darte cuenta?
Vil gusano que soy no me aniquiles,
Yo postrado á tus piés, la frente en tierra
Confieso mi maldad; perdon te pido
Hasta borrar con mi dolor mi pena;
¡Ay! si un rincon donde esconderme hallara
Para evitar, Señor, tu omnipotencia
¿Mas dónde voy que tu poder no alcance?
Todo cuanto hay tu inmensidad lo llena,
Tú eres inmenso, oh Dios, y omnipotente,
Y de tu lábio pende la existencia,

Yo víl reptil indigno de invocarte,
Y que debo otra vez volverme tierra;
Mas, ay de mí, que mi alma estremecida
Con convulso dolor en la postrera
Eternidad que viene se anonada,
Y si quieres á mi desde ahora empieza;
Oh cruel realidad que estoy palpando,
Tal vez al contemplarla sucumbiera
Si al mirarme, Señor, en mi miseria
Tu infinita bondad no lo impidiera;
Tiempo es aún de redencion copiosa
Tus méritos, Señor, tomo por prenda
Que al porvenir de horrores me preserve
Y que en tu amor eterno me sostenga.

LA VERDAD.

Cruel error que ante mis ojos llegas
Tú que de crimen la virtud disfrazas
Por qué así al hombre los caminos trazas
Para el abismo que á la fin le legas?
Tú á la ficcion empujas que derrame
Vistosa pompa en la mentira impía
Cual ropaje de rica pedrería
Que envuelve á veces prostituta infame.
Sí, yo te ví, cual pérfida serpiente
Yo te miré al incauto fascinando

Y mentidos sofismas alegando
La candidez turbar del inocente.
Yo te escuché; en tu lábio parecía
Que Jericó su aroma derramaba
Y al incauto novel que te escuchaba
El corazon en la maldad henchía:
Y ví pagar á la impiedad tributo
Y ví el batir de las ardientes palmas
Y te ví que triunfante de las almas
El necio aplaude con semblante enjuto.
No de la ciencia en el recinto augusto
Clame yo entónces se albergara el crimen
Ni en la hermosa verdad jamás se imprimen
Del necio engaño ó del error el busto.
No se derrumba indestructible roca
Que el aquilon tropieza en su camino
Porque inmutable á la órden del destino
Rechaza el viento que con ella choca.
Así el error si en la ilusion delira
En vano empuja á la verdad al suelo
No hiere el rayo en su estallido al cielo
Ni la verdad sucumbe á la mentira. ;
Mas vaga á veces la confusa idea
Y el incauto mortal admite el daño
Bajo el vislumbre del falaz engaño
Que con fingido brillo lo recrea,
Libre es el hombre que en su accion medita
Para correr en pós de su destino
Si al encontrar el mal en su camino

Detiene el paso que su accion limita.
El tiene libertad de indiferencia,
Y el bien ó el mal de su eleccion depende
Mas ¡ay de aquél que en la eleccion pretende
Aniquilar la voz de la conciencia!
No ya al sin fé mi exhortacion dirijo
Que en buen consorcio con el mal se anida
Y un límite fijándose en la vida
Los goces busca con afan prolijo.
Desbordado el raudal, marcha lo mismo
A desbistar la vid en la llanura
O á sus torrentes busca sepultura
En los profundos senos de un abismo.
Yo busco al hombre que con fé sincera
Piensa en lo eterno y que con fé medita
Que su existencia al tiempo no limita
Y que otra vida posterior espera.
¡Adan, Adan! recuerdas todavía
El grito aterrador de ¿dónde te hallas?
Tu que rompiste de la ley las ballas
Cuéntale al hombre lo que fué aquel dia,
Comiste aleve el prohibido fruto
Tú de Satán cediste á los engaños
Y sin embargo de tan largos años
Todos pagamos al dolor tributo.
Escuchas, hombre, tan terrible historia,
Adan, quebró la ley del Paraíso
Allí se perdió Adan porque el lo quiso
Tú si quiebras la ley pierdes la gloria:

La fé sincera y caridad ardiente
Y el bien obrar por derrotero cierto
Guien tus pasos de salud al puerto
Que esta es la ley del Dios omnipotente.
Te dije mis creencias y me aislo
Te expliqué la verdad y aquí concluyo,
Pienso como hombre pero nunca arguyo
Canto cual rate pero no legislo.

LA RIOJA ALAVESA.

Traeme mi bridon, Julian,
Y monta tu en el Obero,
Que con su trote ligero
Compite con mi alazan;
Que garboso y placentero
Arranca con osadía
Vale más la valentía
De España que el mundo entero,
Hasta en los brutos se excita
El fuego, que España encierra,
Y no hay en el mundo tierra,
Que con España compita;
Los españoles valientes,
Y valientes al extremo
La fortuna lucha á remo
Luchando contra estas gentes;

Así un día sujetaron
Del sol el curso á su imperio,
Y en uno y otro hemisferio
Su estandarte enarbolaron;
¿Mas dónde mis pasos van
Recordando tanta historia?
Esto cansa la memoria
Echa un cigarro, Julian,
Que en el mundo del tabaco
Se abusará grandemente
Pero con uso prudente
Alguna expansion de el saco,
Sabiendo por esperiencia
Que del más sutil veneno
Puede sacarse algo bueno
Cuando interviene la ciencia;
Pero sigamos, Julian,
Que esta áspera cordillera
Cansará á un bruto cualquiera,
Que no fuera mi alazan;
Ya desde aquí Rioja entera
Se presenta á nuestra vista,
No hay corazon que resista
Emocion más lisonjera;
El aspecto encantador,
Que hay del Ebro en las orillas
Encierra mil maravillas
De virtud, ciencia y honor:
Si á alguien mi relato enoja

Como cosa bien extraña,
Direle no hay en España
Un país como la Rioja:
Y aunque, repitan, no encumbres
El país á punto tal,
Contesto decidme cual
Se le asemeja en costumbres;
Qué te parece, Julián,
Dicen de ello lo bastante?
Señor, que muy adelante
Vuestras alabanzas van;
Yo á lo ménos no lo encuentro
El país en gracia tal,
Que á veces por nuestro mal
Se nos mete el diablo dentro;
Y entre si son, ó no son,
Y entre si valen, no valen
Algunos asuntos salen
Que han llamado la atencion;
Tu, Julian, has de mirar
Lo que en este mundo pasa,
Cada uno oculta en su casa
Lo que conviene callar,
Porque del sol los colores
Si ves por prismas diversos
Unos te saldrán muy tersos,
Y otros saldrán borradores
Que en este siglo ilustrado
Nadie se para en pelillos

Pequeños escrupulillos
Del tiempo que ya ha pasado;
Tú eres hombre de otros siglos
En que cada cual creía
Las narraciones que oía
De gigantes y vestigios:
Yo, Señor, no se que soy
Ni si soy tonto, ó machucho,
Pero el mentir poco ó mucho
Ayer fué malo como hoy,
Y decir que por aquí
Todo es digno de alabar,
Que lo vayan á contar
A otro bobo, que no á mí,
Que aquí los hijos de Adán
Como en otra tierra extraña
Serán como en toda España,
O no me llamo Julian,
Muy filósofo te vuelves
Julian, á lo que yo entiendo,
Y conceder no pretendo
Lo que lógico resuelves:
Pero convendrás siquiera
Que aquí como en todas partes,
Habrá sus lunes y martes,
Pero algo mejor pudiera:
Contestó Julian, replico,
Señor, á lo que decís
Es bueno nuestro país

Y no más y callo el pico,
Ya dije todo, y me callo,
Y que me hablen de mi Obero,
Porque entiendo yo del fuero
Lo mismo que mi caballo:
De este modo platicaban
Subiendo la cordillera
Hasta la cima de Herrera
Los que juntos cabalgaban,
Llegados aquí Julian,
Tiró la rienda al Obero,
Y apeóse el caballero
De su soberbio alazan;
Luego á pié subió con pena
Por los encumbrados riscos
Naturales obeliscos
Que aquella sierra encadena;
Bellísimo panorama
A su vista se despliega,
Que en su rededor congrega
Varios pueblos de gran fama;
Navarra por el Oriente
Que aquí un dia floreció,
Y que á Laguardia fundó
En su época más potente,
Y con esta fuerte villa
En sus continuadas guerras
Puso en defensa sus tierras
De la ambicion de Castilla,

Y en tumultuosa corriente
Turbulento el Ebro arroja
Y así á la alavesa Rioja
Limita por Occidente;
Y sobre Ebro sus dos puentes
Lapuebla y Elciego ostentan,
Y al tren lindante fomentan
Con sus vinos excelentes;
Hácia el centro una colina
Hay que á Laguardia cimenta
Y ostentosa la presenta
Cual señora que domina,
Y en este débil ensayo
Forma el léjos de su lienzo
La sierra de San Lorenzo
Nevado en el mes de mayo;
En este suelo quebrado
Do quier brota un arroyuelo,
Y el aroma de su suelo
Deja al aire embalsamado,
Y con su afamado vino,
Su olivo y sus cereales
En costumbres patriarcales
Corre el pueblo su destino;
Es honrado el alavés,
Fuerte y duro en el trabajo,
Y jamás de él le retrajo,
La fortuna ni el revés;
Dos siglos contra el Romano

Sostuvo el vasco la guerra
Y no penetró su sierra
El estandarte Otomano,
Continúa desde entónces
Su acreditado valor
Dando á asuntos que el honor
Graba en mármoles y bronce,
Patria fué de Samaniego
Gran patricio y buen poeta
Jovial, lo sério respeta
De sus chistes en el juego,
Y en período más cercano
Como prenda de su gloria
La Rioja honra la memoria
De su diputado Olano;
Bello país que felices
Los abriles de mi vida
Trazó tu mano querida
Con tus más bellos matices,
Yo seguí tu animacion
En un Edén convertida,
Que embelesaba mi vida
Cual fantástica ilusion;
Yo reí entre tus festines
Y escuché tus armonías,
Y corrí tus romerías,
Y tus floridos verdines;
Yo respiré de tus flores
El delicado azahar,

Y logré al pié del altar
La dicha de mis amores;
¿Mas qué es del mundo la dicha
Que tanto el mortal afana?
Una risa á la mañana
Y á la tarde una desdicha:
Desde esta espantosa altura
Que entre las nubes su frente
Coloca orgulosamente
A mil piés de la llanura,
Estoy aquí como un sér
Pendiente entre tierra y cielo
Que no encontrando consuelo
No quiere al mundo volver:
Déjame que entrando en mí
Lance en este derredor
Una mirada de amor
A la que no encuentro aquí,
Mas ¡ay! que sólo aquí encuentro
Sólo una tumba querida
Que és el centro de mi vida
Y me llama hácia su centro,
Sin ella todo es ficcion,
Muda la ilusion mentida,
Y hasta mentira es la vida
De mi triste corazon,
Que cual el árbol herido
Se desprende hoja por hoja
Así queda en esta Rioja

Mi corazon oprimido;
Esto dijo el caballero
Y una lágrima vertió
Y un nombre en piedra grabó
Con la punta de un acero,
Luégo una rodilla hincó
Su vista dirigió al cielo
Y allí encontró aquel consuelo
Que el mundo le arrebató,
Que el amparo celestial
A aquél que con fé le implora
Cual la fuente bienhechora
Le enviará de sí un raudal,
No busques ya caminante
Que aquél nombre se borró
Y sólo lo conservó
Aquél esposo constante.

EL MAR

á Gerardo.

Ven tu, pensamiento mio,
Que te lanzas por lo inmenso
Como por un llano extenso
Caminando á tu alvedrío;

O que descienes lo mismo
De una inconcebible altura
A abrir una sepultura
En el fondo del abismo,
Ven, que no quiero estar
En la tierra de maldades
Que recorrí sus ciudades,
Y ví al crimen endiosar;
Y en azoroso vaivén
Por el campo solitario
Allí el crimen sanguinario
Allí le encontré tambien;
Ven pues, pensamiento aquí
Traspórtame ahora á la mar,
Que quiero desentrañar
Si el crimen se encuentra allí;
Quiero en su fondo fatal
Ver el oro de la tierra,
Y los tesoros que encierra
En sus grutas de coral;
Que en su cóncavo profundo
Por una ley del destino
Se alberga el mónstruo marino
Con las riquezas del mundo;
Y allí los restos se ocultan
De esclarecidos barones,
Que riquezas, y blasones
En su fondo se sepultan:
Vamos, pensamiento mio;

A admirar ese portento,
Que contra tí el elemento
Carece de poderío:
En tan vasta soledad
Encerrado yo en mi mismo
Veo á mis piés el abismo,
Y encima la inmensidad;
Y meditando á mis solas
Voy corriendo de los mares
Los reconditos lugares,
Que se ocultan con las olas;
Y así del piélago undoso
En el hondo seno veo,
Aquí un glorioso troféo
Allí un trance desastroso;
Y vuelvo y vuelvo á sondear
Por ver lo que en él se encierra,
Y un cedro encuentro hecho tierra
Que ya no puede flotar,
Un estandarte agaréno,
La media Luna, el Corán,
Que un día humilló D. Juan
Defensor del Nazareno;
En el golfo de Lepanto
Con su gloriosa victoria
Dió á España un día de gloria
Y un asunto para un canto;
Mas no siempre la victoria
Coronó al bravo en la mar

Nuestra escuadra en Trafalgar
Sucumbió, pero con gloria,
Y allí un Nelion, se venció
Tuvo por pompa triunfal
El cortejo funeral
Que al sepulcro lo arrojó;
Pero corramos del mar
Este vasto cementerio,
Restos del romano imperio
Venimos á tropezar;
Estamos en Actium, sí;
César, y Antonio disputan,
Y de Antonio se sepultan
El nombre, y poder aquí:
¡Oh debilidad del hombre,
Que el grande imperio romano
Arroja á un amor insano
Sacrificando su nombre!
Huyamos de aquí, no quiero
Ver al hombre envilecido,
No quiero tan abatido
A ese trumbiro altanero;
No del griego la entereza
Sucumbió así en Salamina
Allí de Gérges la ruina
Publicará su grandeza;
De mil velas escoltado
A el Helesponto asombró
Pasa un instante y lo vió

En su humillacion aislado;
Caminemos, de oro lleno,
Y de rica pedrería,
Que tanto afan costaría
Henchido se halla este seno;
Con veinte años de injusticia
Logró un necio aglomerar
Lo que en un instante el mar
Sepultó con su avaricia;
Vamos de aquí, pensamiento,
Que yo huía de la guerra,
Que el crimen hace en la tierra
Donde ha fijado su asiento;
Vamos de aquí, me decía
Su negra sombra esquivando
Entre los mares pensando,
Qué virtud encontraría,
Y al hondo mar me arrojé,
Y sus senos recorrí,
Y en los cóncavos que ví
El crimen tambien hallé:
Subí del agua á la flor
Con un vértigo impaciente
Y me expuse en su corriente
De su capricho al rigor;
De Europa á el Asia, advertí
Cual rayo pasa esta vez,
Era el Istmo de Suez,
Que atrevido recorrí,

Y quedé atónito al ver
El humano poderío
Que sujeta el mar bravío,
O lo encauza á su placer;
Y corrí y corrí la mar
A voluntad del destino,
Y en un cable sub-marino
Me detengo á contemplar;
El rayo dije, aquí el hombre
Al rayo quitó su fuego
Haciendo del rayo luego
Un esclavo de su nombre;
La chispa eléctrica brilla
En el confin europeo
E instantánea la veo
En la americana orilla,
Y con ella el pensamiento
América á Europa enlaza
Sin dejar huella ni traza
La rapidez del momento;
Ya la distancia no existe
Ya el hombre enlazó á su imperio
El uno y otro hemisferio
Nada al parecer resiste:
Y en las olas cabalgando
Sin direccion y sin guía
Va mi ardiente fantasía
A el polo Norte avanzando;
El hielo, dije aquí al ménos

Del hombre el poder se encalla
Aquí á su esfuerzo una valla
Han colocado estos senos;
Y así, dije y de repente
Avanzando hácia su orilla
Ví una temeraria quilla
Explorando una corriente
Que en busca á camino ignoto
Por su incógnita corriente
Dirije atrevidamente
Un temerario piloto;
Huyamos de estos lugares,
Huyamos, dije del polo,
Que quiero encontrarme sólo
Entre los cielos y mares;
Y el Océano espantoso
A mis ojos se presenta
Y allí una negra tormenta
En su seno proceloso,
Y allí á la fin me paré
Entre cielo, y mar aislado,
Y en mí mismo concentrado
Solitario medité;
Qué terrible es contemplar
Del agua el inmenso suelo,
Y ver sólo mar y cielo
Desde un punto de la mar;
Y en un tablon solamente
Flotando á merced del viento

Sobre el terrible elemento
Ver su existencia pendiente;
La noche surcando en tanto
Por el ámbito su vuelo
Puebla de estrellas el cielo
Cubre el mundo con su manto;
Y en el denso caos aquél
Sin horizonte ni huella
Busca el náutico su estrella,
Que dirija su bajel;
Pero el cielo se oscurece,
Y los vientos que se chocan
El equinocio provocan,
La tormenta arrecia y crece,
Y ya el furioso elemento
En su seno conmovido
Se levanta embravecido
Azotado por el viento;
Y al repetido baiben
Del viento, y del oleage
Ya no encuentra el pilotage
Para su buque sostén,
Que el huracan que entre tanto
Bramando hasta el cielo sube
Condensa la negra nube
Que arroja el terror y espanta;
Oyese del ronco trueno
El prolongado bramido,
Y á su espantoso estallido

Lanza el rayo de su seno,
Y el buque desarbolado
Sobre el hundoso elemento
Marcha juguete del viento
Cual leve arista arrojado;
Mas contemplemos ahora
El interior del bagel,
Y encontraremos en el
Una escena aterradora
¿Dónde está del hombre ahora
Ese inmenso poderío
Que aquí encauza el mar bravío
Y allá los istmos perfora?
Gime del hombre al genio exclarecida
Así la tierra como el mar profundo,
Pero al mirar al Hacedor del mundo
El hombre cae en su profunda nada:
Yo recorrí los campos y ciudades,
Yo de la mar investigué los senos,
Y ví la tierra con los mares llenos
De virtud á la vez, y de maldades:
Débil el hombre su cerviz doblega
A la pasión que su grandeza humilla,
Y ante Satán doblando la rodilla
Cual víl esclavo á su poder se entrega,
¿Dónde está pues del hombre la grandeza?
Dónde el aliento que al martirio anima?
Allá en el cielo la virtud divina
Tan solo al hombre presta fortaleza.

LA PLEGARIA.—EL PADRE.

Vírgen María, estrella de los mares,
Madre de Dios, del viador consuelo;
Tú la esperanza de su ardiente anhelo,
Yo te suplico, humilde, en mis cantarés;
En un bagel, Señora, un hijo mio
Fiado en tí, para la mar se avanza,
Caminará á la vez con la bonanza
Otras luchando con el mar bravío;
¿Qué será de él, si en temporal violento,
Roto el timon flotando á la ventura,
Y entre abriendo la mar su sepultura,
Choca con furia el encontrado viento?
¿Qué será de él? oh tierra madre mia,
Firme esperanza para el trance incierto,
Tú tambien viste á tu Hijo que moría
Y apuraste el dolor al verle muerto;
Quita de mí ese trance tan sombrío,
Quita de mi la copa de amargura,
Yo confío, Señora, en tu ternura,
Tú salvarás, oh madre, al amor mio;
Mas de la vida si los dulces lazos
Quiera el Señor cortar al hijo mio,
Oh vírgen de amparo, en tí confío
Recíbelo, Señora, entre tus brazos.

EL TRABAJO.

I.

Al trabajo; es menester
A todo hombre trabajar,
Pues se le impuso sudar
El pan que debe comer,
Pero el trabajo no aterra
Que es acción grande en el hombre
Y sin él ningún renombre
Merece digno en la tierra,
Ni al trabajo material
El hombre tan solo atienda
Es menester que se extienda
A la parte intelectual;
Que al genio no pongo aquí
Un límite en su carrera,
Salga pues á la alta esfera
Aquel que lo sea, sí,
Y en tanto con armonía
A trabajar cada cual,
Quien no lo hace gana mal
El alimento del día;
Tú minero hondea el cerro
Y extrae su plata ó cobre,
Tú carpintero á tu roble,
Y tú ferron á tu hierro;

Y del vibrante martillo
Al compás del ronco son,
Firme á tu hierro, ferron,
Y sácale forma y brillo;
El astrónomo rebele
La estrella movible ó fija,
Y que el náutico dirija
La nave que el viento impele;
El honrado labrador
Afrontando un sol ardiente
Con el sudor de su frente
Va regando su labor,
El es el tipo elocuente
Del castigo impuesto á Adan,
Hombre, comerás el pan
Con el sudor de tu frente;
Mas esa frente tostada
Y esas gotas de sudor
Es rostro que el Criador
Mira con bondad marcada
Pues que el divino Hacedor
En lo grande de crear
Da un preferente lugar
Al honrado labrador;
Cria la naturaleza
Frutos tristes y menguados
Y entre malezas aislados
Sin productos ni belleza;
Mas luego que el hombre aplica

Su fuerte brazo á la tierra
De allí el espino destierra
Y allí su pan multiplica;
Trabaja, rico, tambien
Que tú debes trabajar
Y así puedes aumentar
Honradamente tu bien,
Pero tén tambien presente
Que tus sobrantes caudales
Deben ser como raudales
Que abastecen una fuente;
Tú cual fuente debes ser
En que el pobre y desvalido;
Se halla siempre socorrido
Pero aún mas es menester;
Es menester que sondeando
Do está oculta la pobreza
La destierre tu riqueza
Sin saber por dónde ó cuándo;
Y pues Dios te lo ordenó,
Sé de los pobres sostén,
Si así lo haces obras bien,
Y si no lo hicieres, no;
Así caminamos todos
Al fin de nuestro destino
Aunque varíe el camino
Variando tambien los modos.

II.

Que bello país la Rioja,
Festivo siempre su genio
Firma con su animacion
Las delicias del viajero;
Allá en la alavesa orilla
Contemplaba desde El ciego
Una deliciosa vista
Que forma sobre Valduengo
Y contemplaba á Montalvo
Con sus bosques siempre amenos
Y frente á frente se encuentra
La villa de Cenicero
Y sobre el Ebro á la izquierda
El bello puente de El ciego;
Enfrente corría el tren
A mis piés bramaba el Ebro
Que aumenta allí el Nagerilla,
Y que los dos de concierto
Combaten violentamente
La presa de Cenicero
Atronando la campiña
Con su murmullo tremendo,
¡Qué cuadro tan delicioso
Qué encantador y qué ameno!
Venid, pintores, aquí
Y copiad desde Valduengo;

Yo contemplaba de aquí
El curso que lleva el Ebro,
Y, traidor, le dije entónces
Te están llamando estos pueblos
Porque naciendo en Castilla
A Aragon llevas tu riego;
Cojí una piedra indignado
Y de un lado de Valduengo
Con sus murmulantes ondas
Zaz, y la encajo en su seno;
Hizo unos círculos la agua
Que luégo desaparecieron
Y sus ondas tumultuosas
Igual su curso siguieron:
Agricultores riojanos,
Esta respuesta dá el Ebro
Siguiendo siempre su curso
Impasible á los denuestos;
Siete mil años su curso
Marcha encauzado en su lecho,
Y siete mil la sequía
Grabita sobre este suelo;
Y unos años le amenaza,
Y otros le hiere en su seno;
Siempre temblando está el hombre
Las variedades del tiempo;
Riojanos, que en la sequía
Pedís suplicando al cielo
Las aguas que tanto ansían

Vuestros sembrados ya secos;
¿Ignoráis que por ventura
Tiene sus leyes el cielo?
Dios al primer hombre dijo,
Del mundo al lanzarlo al suelo,
Con el sudor de tu rostro
Has de comer tu alimento;
Trabaja, mortal, trabaja
Para regar ese suelo,
Suplica á la Providencia
Pero pon tu mano al hierro,
Pueblo español, al trabajo
Y así en tus áridos yermos
Con el raudal de tus ríos
Verás un fértil terreno,
La ciencia agrícola entónces
Podrás plantear de lleno,
¿Mas qué hace la ciencia en tanto
Si le falta un elemento?
Detén, español, detén
Detén te digo ese genio,
Que te arrastra á las Américas
Tras de un porvenir incierto;
En aquel insano clima
Se sepultará tu esfuerzo,
Y aquí en España hallarás
Un tesoro entre su suelo
Si juntas con armonía
El trabajo y el talento;

Detén, español, detén
Ese tu heróico esfuerzo
Que entre los yermos de España
Hay un tesoro mas cierto:
Levántate, Pignatelli,
Y presta á la España aliento
Porque almas como la tuya
Son el alma de su pueblo.

III.

¡Qué grande es el pensamiento!
Punto primero en la ciencia
Tan solo la Omnipotencia
Pudo formar tal portento;
Jamás en el temple humano
Puede limitar su imperio
El uno y otro hemisferio
Son en su presencia un grano;
Marcha por senda infinita
Caminando á su alvedrío
Y traspasando el vacío
En la inmensidad se agita;
Y avanzando más y más
En su carrera constante
Ve una eternidad delante
Y otra eternidad detrás;
Y ve que en la realidad
Es mi vida y yo en conjunto

En lo eterno sólo un punto,
 Y un punto en la inmensidad;
 Y el mundo solo el camino
 En quese obra el bien y el mal
 Y donde labra el mortal
 Lo eterno de su destino:
 Oh Dios eterno, tú eres
 Ese omnipotente sér
 De quien tengo que creer
 Que eman todos los seres;
 Yo atrevido recorrí
 Ese infinito vacío,
 Y allí ví tu poderío
 Y tu inmensidad allí;
 Tú llenas la inmensidad,
 Tú eres solo Omnipotente,
 Y tan solo en tí existente
 Se encuentra la eternidad;
 Mira el punto en que se halla
 Este anonadado sér,
 Que confiesa tu poder
 Te adora te tiembla y calla;
 Y al mirar tu omnipotencia
 Y en su nada confundido
 En sí mismo ha conocido
 Que sin tu temor no hay ciencia;
 Mas detente, pensamiento,
 Recoge un tanto tus velas
 Ya que tan rápido vuelas

Por el vago firmamento,
Baja primero á este suelo
Que es el mundo terrenal
De tu existencia mortal
Aquí se concluye el vuelo;
Aquí es donde se obra el bien
Hijo del libre alvedrío,
Detén, pensamiento mio
Detén tu vuelo, detén,
Y ya que al supremo sér,
Adoraste cual debieras
Por mas humildes esferas
Trabaja en lo que has de ser,
Y presenta á tu memoria
Cual libro de la esperiencia
De este mundo una gran ciencia
Y es esa ciencia la historia;
No te detengas, camina
Que el que no camina cae,
Y si no mal se sustrae
De ser envuelto en la ruina;
Corre el tiempo en su carrera
Los siglos en sí envolviendo
Y otros siglos sucediendo
Cambiando al mundo la esfera,
Porque en inutil quietismo
La sociedad no ha de estar
Esa ley de trabajar
Impuesta le fué lo mismo;

El que en quietud estancado
No progrese en su camino
No se queje si el destino
Pesa sobre aquel estado,
Que un nuevo descubrimiento
Conmoviendo las naciones
A las remotas regiones
Se extiende en su movimiento;
Cadmo la idea fijando
En tabla ó piedra la marca
Y ya cuanto el genio abarca
Va los siglos traspasando;
La pólvora Schwart inventa
Y adquiere fatal renombre
Mas la grandeza del hombre
Es Guttemberg con la imprenta,
Multiplicando la letra
La ciencia se extiende al mundo
Y al ambito mas profundo
Sus beneficios penetra;
¿Quién fué el primero que echára
La quilla al piélago hundoso
Y el elemento espantoso
En su provecho tornára?
Colón á la fin venciendo
De la suerte los azares
Corre por ignotos mares
Otro mundo descubriendo;
Estefeson del vapor

Hace motriz elemento,
Por la alambre el pensamiento
Va del mundo en derredor;
Las combinaciones mil
Del arte de guerra innova
En los campos de Sadova
De Breyss el fatal fusil;
Lesepps rompiendo la mar
Por el itsmo de Suez
¿Quién calculará esta vez
Lo que esto puede alcanzar?
El globo á la nube asciende
E intenta contrario el viento
Dirigir su movimiento
Hácia el lado que pretende;
La ciencia al hombre levanta
Con ella al mundo domina
Y por su ambito camina
Con firme y segura planta;
Colectivo individual
Trabaja el hombre en su esfera;
Detenerse en la carrera
Sería labrarse un mal;
Feliz aquella nacion
Que atenta á su bienestar
Trabaja por progresar
Bajo la recta razon;
Feliz semejante Estado
Y allí sus séres felices

Que con tan bellos matices
Ven su camino trazado;
Mas no es mi mision plantear
Hondas cuestiones sociales
Ni yo contra grandes males
Puedo una barrera alzar,
Mas humilde es mi mision
Pues mi lema es trabajar
Y labrarse un bienestar
Bajo la recta razon.

IV.

Qué tiempo aquél, España, patria mia,
Que en ambos mundos tu bandera ondeaba
Y por opuestos mares tremolaba
Henchida de poder y valentía;
Allí era el triunfo á tu gloriosa enseña
Doquier tus tercios su real fijaran
La noble empresa que á su ardor fiaran
Necio cualquier que en contrariarse empeña;
Qué tiempo aquél, España ¿Qué se hicieron
De oro el raudal que á América explotaste?
Qué de los reinos dó el pendon fijaste
Y qué tributo á tu valor rindieron?
Nada quedó, cual la velera nave
Los mares cruza sin trazar su huella
Ningun legado de época tan bella
Al venidero porvenir le cabe

¿Dónde está, dí, tu agricultura y artes?
Dónde el raudal que bañe tus praderas
Y prometa esperanzas lisonjeras
Que premie al labrador en todas partes?
¿Dónde está tu vigor y tu heroísmo?
Los siglos y los siglos van pasando
Y con horrible sueño dormitando
En completa inaccion sigues lo mismo,
Alzate, España, del fatal quietismo
Alzate al sol que por tu orienta brilla
No ya á empuñar la lanza ó la cuchilla
Que otra mision le pido á tu heroísmo;
Huyan de tí la guerra y sus horrores,
Emporio digno de las ciencias seas
Y en torno tuyo congregado veas
El trabajo, la paz y los amores;
El comercio, la industria, agricultura,
Las artes todas en tu hermoso suelo
Al fuerte impulso de tu ardiente celo
Asciendan siempre á la mayor altura;
La cívica virtud nunca se empaña
Ante el vaivén de la azarosa suerte,
Sostén tu dignidad con brazo fuerte
Que ésta noble mision es tuya, España.

V.

Alvaro ya cinco lustros
De tu vida se cumplieron

Y ya la ley te concede
El lleno de tus derechos,
Mas al dártelos la ley
Te impone el deber en ellos
De trabajar con constancia
Por tu familia, y tu pueblo,
Al vaivén de la fortuna
Tal vez diversos sucesos
Precaria tal vez tu suerte
Pondrán á merced del tiempo,
Mas qué importa la fortuna
Que el signo feliz ó adverso?
A tí te basta tan sólo
La conciencia de tus hechos;
Tú firme con tu conciencia
En tí chocarán los vientos,
Pero cual roca á su empuje
Burlados quedarán ellos,
He dicho, Alvaro, y concluyo
No presumas que los tiempos
En que tu vida se lanza
Serán de penas exentos,
Fuera infantil ilusion,
Fuera quimérico sueño;
Siempre entre esperanza y pena
Camina rodando el tiempo;
Coje la historia y verás
Si sus períodos mas bellos
Tan solo á una bien andanza

En su ley obedecieron;
Y allí hallarás los vaivenes
Y allá nubarrones negros
Y allí con oro esmaltado
A veces puñal sangriento,
No te entregues á ilusiones,
Siempre así fueron los tiempos
Donde el hombre solo extrae
El bien conque obrare en ellos;
Marcha pues, Alvaro, firme
Ya te he trazado el sendero,
Si así lo haces, Dios te premie
Si no darás cuenta de ello.

INÉS.

Caballero y muy valiente,
Era don Lope Cenzano
Del rey don Sancho era amigo,
Y alférez mayor en Arcos:
Notable por su bravura
Y notable por su brazo
En cien combates al moro
Ganara otros tantos lauros,
Era mirado del rey

Como si fuera un hermano,
Pues eran hermanos de armas,
Y en bravura eran hermanos:
Lleno su cuerpo de heridas,
Y cansado por los años
Con su hija Inés habitaba
En su espacioso palacio:
Inés era su delicia
Inés el precioso vástago
Hija sola y heredaba
La casa de los Cenzanos:
Pero Inés no era dichosa,
Que Inés lloraba callando
Y en silencio una pasión,
Que su pecho iba estragando:
Seis años llora de amores
Con don Enrique de Laso
Bravo y opuesto doncel
De la corte de don Sancho:
Pero don Lope aspiraba
A un blason mas elevado
Y seis años pasa Inés
Su triste suerte llorando.
¿Mas cuando resiste un padre
De una hija querida el llanto
Viéndola que sufre y calla
Su honda pena devorando?
Cedió don Lope por fin
De aquella hija á los encantos

Que aquel pecho duro en guerra
Compasivo era y humano:
Hija mia dijo un día
Hoy al fin he acordado
Acceder á tus deseos,
Y don Enrique de Laso
Será bien pronto tu esposo,
El mas cariñoso abrazo
Que hombre alguno recibiera
De su hija obtuvo el anciano,
¿Sabe alguno cuanto vale
De una hija á un padre el abrazo?
La pluma nunca lo ha escrito
Lo sabe el que lo ha logrado.
¡Hija de mi corazón
Perdóname si hoy exclamo
Que un instante en este mundo
Hallé el cielo y fué en tus brazos:
Inés vuelve á su alegría
Inés recobra su encanto
Las cuerdas de su laud
Van sus acentos vibrando;
Y recuerdos de su amor
Asuntos son de su canto;
Aquél gótico palacio
Ya no es triste y solitario,
Que Inés todo lo armoniza
Y á todo vuelve su encanto.
Y vuelve la animacion

Al palacio de Cenzano;
Se limpia el mohoso bronce
Lucen los artesonados
Y la opulencia y el lujo
Van su imperio recobrando,
Todo se apresta al festin,
Todo está ya preparado
Y esperando están á Enrique
Para acudir al santuario:
Por mañana espera á Enrique
Dijo á Inés el buen anciano
Viste de gala hija mía,
Y repítame tu abrazo,
¡Oh cálculos de los hombres
Y cómo quedais frustrados!

II.

¡Qué momentos de ansiedad
Horrible palpitacion!
Hay instantes bien terribles
Que agovian el corazon;
A veces la incertidumbre
No mata porque el dolor
Se sostiene la esperanza
Como en astro salvador
Mas ¿qué es la esperanza humana
Sino una pura ilusion?
Brilla el sol en el Oriente

Y su precioso arrevól
Las vidrieras del palacio
Torna en dorado color
Y la hermosa palaciana
Desde su alto mirador
Recorre con su mirada
Todo el campo en derredor.
Inés espera impaciente,
La impaciencia es un dolor
Y por mitigar sus penas
Entona cantos de amor:
Inés toma su laud
Al aire lanza su voz
Y el nombre de Enrique vaga
Por el largo corredor
Cual entusiasta armonía
Que atrae en su derredor,
Cual los trinos repetidos
De celoso ruiñeñor;
En tanto distingue al léjos
Un grupo; jinetes son,
Y en palpitante latidõ
La atormenta el corazon
Dos jinetes ya se acercan
Pero no es Enrique, no;
Azabesco traje visten
Criados de Zayde son,
Que con un pliego cerrado
Les envía su Señor

Para don Lope Cenzano
A quien van en comision.

III.

Tira Inés, ese laud
No pulses sus cuerdas de oro,
Que á tus cánticos de amor
Contesta un fúnebre coro:
Ya no existe don Enrique
Murió combatiendo al moro
Y le envió su último adios
Desde el combate del Royo;
Pocos eran los de Enrique
Y muchos eran los moros
Pero ni Enrique cedía,
Ni ceder quieren los otros,
Y mientras tanto la muerte
Va cerniéndose entre todos,
Pasa el tiempo y ya cansados
Tienen que ceder los pocos,
Y don Enrique cual roca
Se halla combatiendo sólo,
Y cae al fin mal herido
Teniendo su acero roto,
Zaide se avanza y le dice
¡Qué fuera ya de nosotros
Si veinte mil como tú
Se alzarán contra los moros!

Zayde, le contesta Enrique
Oye mi adios, y piadoso
Cumplirás luego mi encargo
Cual buen caballero moro:
Seis años pierdo de amores
Iba ya á obtener el logro,
De doña Inés de Cenzano
Iba ya á llamarme esposo,
Cuando han dispuesto los cielos,
Que espire aquí entre vosotros,
Lleva á Inés mi último adios,
Y el cielo te haga dichoso;
Don Enrique allí espiró,
Zayde cumplió religioso
Y á doña Inés le mandara
Un fiel relato de todo.

IV.

El rayo que lanza el cielo
Al caminante no aterra,
Ni conmovida en su centro
Entreabriéndose la tierra
Su pavoroso habitante
En su superficie tiembla,
Como Inés quedara al pliego
Que Zayde le remitiera:
Vaya solitaria y triste,

Y errante va por dó quiera,
Ya presurosa, ó tardía,
Y sin direccion certera,
Y ora el bosque recorría
Ya la floriada pradera,
Y ya sus lágrimas pinta
Entre las aguas del Ega:
Ya cual fantástica sombra
La luna la halla despierta
Recorriendo los salones
Que la mirarán tan bella,
Y los días, y las noches,
Y el palacio, y la pradera,
Y los bosques y el desierto,
Y la onda pura del Ega,
Tienen á Inés compasion,
Y quieren calmar su pena,
Y parece que le dicen
Con una voz lastimera
Bella Inés no llores más
Por las orillas del Ega
Las lágrimas de tus ojos
El rio convierte en perlas,
Y la mar está celosa,
Y envidiosa está la tierra
Y sus mas bellos luceros
La noche diera por ellas,
Bella Inés, no llores más
Por las orillas del Ega.

V.

Murió el señor de Cenzano,
 No pudo sufrir su pena
 Creyendo á su hija extraviada
 Con el dolor que le aqueja,
 Y llorado va á la tumba
 Del Rey, y de la nobleza,
 Y del pueblo que cual padre
 Al buen caballero aprecia;
 Sus virtudes en el cielo;
 Le guardan corona eterna;
 Inés se recobra en tanto,
 Y va calmando su pena,
 Y el mundo empieza á mirarla
 Como á una rica heredera,
 La señora de Cenzano
 Es rica, jóven y bella:
 Pasa algun tiempo é Inés
 Se muestra mas placentera
 Y la flor de la Navarra
 Ante sus plantas se llega;
 Los mas bravos caballeros
 Aspiran á su belleza
 Los mas opuestos donceles
 Su vida dieran por ella;
 Una noche de verano,
 Brillante estaba la esfera

Y la luna en rayo de oro
La envía luz halagüeña
Y en el alto mirador
Inés el cielo contempla,
Y al eco de su laud
Cantó con voz placentera
Los desengaños del mundo,
Y la impresion de sus penas;
El mundo es una ilusion,
La vida fugaz carrera
Es corcel que desbocado
Por la llanura atraviesa,
Es la quilla que con viento
Surca los mares ligera
Sin dejar en pós de sí
De su tránsito la huella,
Es la nube vaporosa,
Que el firmamento atraviesa
Y en la atmósfera deshace
Los grupos de su existencia,
Es el turbulento sueño
Que vé el mortal que despierta
Y que al despertar conoce
Su fantástica quimera;
Pues si el mundo es ilusion
Si es fantástica quimera
Si pasa la vida en él
Cual corcel en su carrera,
O cual la quilla en los mares

Sin marcas rastro ni huella,
O cual nube vaporosa
En las regiones etereas
O cual sueño que pasó
Y vé el hombre que despierta,
¡Oh mundo! yo te abandono
Con tu engañosa quimera
Con tu fantástico brillo
Y tu mentida grandeza
Con tu ilusion, con tu encanto,
Con tus placeres, tus fiestas
Con tu pompa y tu ficcion,
Y con tu mentira eterna,
¡Oh mundo! yo te abandono
Que no quiero ser tu presa!
Inés dejó su land
Y mirando al cielo ruega.
¡Oh Dios mío! ante tus plantas
Esta infeliz se prosterna
Que los vaivénés del mundo
Teme sin tu amparo, y tiembla,
¿Qué fuera de mí sin tí?
Que haría yo en la carrera
De los años de mi vida
Que azarosos se presentan?
Leve arista, el huracan
Haría un juguete de ella
Al soplo del vendabal
Sucumbiera en la tormenta,

¡Oh Dios mío! no permitas
Que una hija tuya te ofenda,
Y desde hoy en adelante
Cuéntame ya entre tus siervas:
Un año despues Inés
Estaba monja profesa
Los acentos de su pecho
Cantan de Dios la grandeza,
Los ángeles envidiarán
Su virtud y su pureza
Si los celestes espíritus
Envidia tener pudieran

VI.

Toma ahora Inés tu laud
Y pulsa sus cuerdas de oro
Que á tus cánticos sagrados
Contesta el celeste coro.

VII.

Pasan, y pasan los años
El rey don Sancho está viejo
Pero aún su fuerte coraza
Hirma bien sobre su pecho,
Duro como su armadura
Y valiente hasta el extremo
Si Dios se lo permitiera

No temblára en los infiernos,
Recorriendo va las villas
Y recorriendo los pueblos
Para remediar sus males
Como un buen padre que es de ellos,
Y en su marcha le acompañan
Sus mas bravos caballeros
Compañeros de tal rey
O ser bravos ó estar muertos;
Entróse un dia don Sancho
Para orar en un convento
Allí estaba Inés, la hija
De su amigo y compañero;
Los cánticos del Señor
Resonaban en su extremo,
Y una voz sobresalía
Con el mas precioso acento,
Oye don Sancho la voz
Queda un instante suspenso
La voz de Inés penetraba
Lo mas hondo de su pecho,
Hubiera cambiado entonces
Por un retiro su reino,
El Rey padrino de Inés
Era un padre en el afecto;
Marchó de allí conmovido,
Y dicen sus caballeros
Que esta vez sólo en su vida
Sus ojos se humedecieron.

VIII.

Todo al fin ha concluido
¿A qué no alcanzan los tiempos?
Y por si acaso las guerras
Vienen en ayuda de ellos,
¡Malditas guerras! amen
Vayas por siempre al infierno;
Murió doña Inés Cenzano
Y su alma subió á los cielos
Y acá en la tierra una tumba
Tiene encerrado su cuerpo,
Sobre su tumba se encuentra
Medio borrado un letrero
Que dice con caracteres
Ya carcomidos del tiempo.
Murió doña Inés Cenzano,
Que Dios la tenga en su seno
La paz que le negó el mundo
La encontró en este convento.

LA CAZA.

Brilla el sol en el oriente
Y ya su disco de fuego
De la elevada montaña
Al valle se va extendiendo,

Y le saludan las aves
Con amorosos gorgoros,
Y sus corolas inclinan
Las plantas ante su dueño,
Y en sus cristales lo copia
El bullicioso arroyuelo;
El mundo vuelve á la vida,
Vuelve el hombre al movimiento,
Y vuelve á la animacion
El amortiguado pueblo;
Y entre tanto sus corceles
Guían varios caballeros
A la casa de don Juan
Para un dia de recreo;
Don Juan que un dia de caza
Con los suyos ha dispuesto,
Y reúne venturoso
Sus hijos y demás deudos;
En medio marcha don Juan
Sobre un tordillo ligero,
Y en derredor le acompañan
Los jóvenes caballeros,
Y los criados les siguen
Peatones y caballeros,
Acá y allá retozando
Chospan y brincan los perros;
Y la airosa cabalgata
Luciendo vida y esfuerzo
Camina por la campiña

Dirigiéndose hacia el cerro;
Ya se alejan de la villa
Ya pasan el arroyuelo
Y al través de unos jarales
Entran en el cazadero
¿Sabeis les dice don Juan
Lo que hacían mis abuelos
Al momento que pisaban
La tierra del cazadero?
Pues con corazon contrito
Se dirigian al cielo
Y humildes le saludaban
Diciéndole, padre nuestro;
Esta costumbre quisiera
Que se grave en vuestros pechos,
Y se trasmita indeleble
A los siglos venideros;
Quien teme al cielo es el solo
Invencible en todo tiempo,
Rezó don Juan, y sus hijos
Fervorosos respondieron
Humildes ante su Dios
Bravos ante el mundo entero;
Don Juan su plegaria acaba
Y buenos dias diciendo
Ábrese la cacería,
Y cada uno ocupa el puesto;
Y los amos y criados
Juntándose en buen concierto

Confúndense en la algazara
Con ordenado concierto;
Empieza la cacería;
Pero primero escuchemos
Antes de saltar la liebre
Los diálogos que hay entre ellos;
Oigamos pues, lo que dicen,
Tratando van de los perros,
¿Cómo nó? el protagonista
Son los tales para el hecho,
Y si no que me describan
La caza sin que haya perros;
Ese Perrote dice uno
Es de lazo, pero es lerdo,
Buena estampa y poco más
Yo más confío en el Prieto
De más nervio y corazón
Aunque en lámina pequeño;
Poco á poco muchos lances
Va recorriendo tu Prieto
Y si con algunos cumple
En otros vuelve el reverso
Para volver tu Lambegui
Que es traidor á todo viento
Capáz de morder á su amo,
Es técnico el perro perro,
Calláros, dijo entretanto
Intermediando un tercero
Que armaréis una batalla

Defendiendo ¿á quién? á un perro;
Pero decidme ¿y qué mote
A la primera pondremos?
Quiero decir á la liebre
Que primero lewantémos?
Pues ya, si quieres la mona
Si te parece llamemos
Veremos pues si esa Mona
Es Mona que nos dá juego,
Y á la segunda ¿que dices
¿Qué mote la estamparemos?
¿Mameluca ó Saladina
No me hables á mi ya de eso
Porque entiendo de esos motes
Ménos que nuestro podenco?
Llamémosla Solitaria,
No me disgusta el concepto
Aunque temo que nos llamen
Caza lombrices lo ménos;
Y mientras tanto don Juan
Entre sí se iba riendo
No sé si diga llorando
Con algun triste recuerdo;
Mas ya los veo ordenados
En mano se van poniendo
Y perros y cazadores
Todos ocupan sus puestos
Y silenciosos caminan
Con pausado movimiento

Fijos los ojos y el ánimo
Hasta el crítico momento;
Tupido levanta liebre
Tras de ella saltan los perros
Tras de ella van los caballos,
Y los bravos caballeros,
Queriendo con la intencion
Alcanzar liebres y perros,
Perrote va á sus alcances
Consigue pegarla un vuelco
Prieto y Lambegui le ayudan
La Mona se halla en su extremo
Pero á la fin hurta el bulto
Unas tapias recorriendo
De un arruinado edificio
Recuerdo de antiguo tiempo;
Van olfateando los canes
Sus rincones mas secretos
Y llegan los de á caballo
Y á las tapias ponen cerco,
Y luego los peatones
Asaltan en el momento;
Y las tapias destruidas
Y que mas derriban ellos
En escombros los escombros
Van convirtiendo de nuevo;
Mas vuelve á saltar la Mona
Y ya gana algun terreno
Un tiro se oye lejano

Que solo asustó al podenco,
Cayó al saltar un ginete
Pero no pasó del suelo,
Súcia la ropa montó,
Y volvió á ocupar su puesto,
Episodios de la caza
Cuando mas les llamaremos;
Perrote y Prieto entre tanto
A la Mona van siguiendo
Cambia esta de direccion
Y Tomillo mas certero
Cogió la Mona y logró
La corona del torneo,
Al fin pues cayó la liebre
De Tomillo al buen concierto
Que mas que rondar un año
Valido á llegar á tiempo;
La Mona quedó en poder
De Tomillo el mozalvejo
Que aún no ha contado los meses
De correr á campo abierto;
Es la fortuna coqueta
Y entre lo malo y lo bueno
Se enamora por capricho
A veces de lo primero;
Tomillo alcanzó victoria
Entre tanto perro viejo,
Que la fortuna te asista
Lo demás es pasatiempo;

Siguieron los cazadores
Cruzando lances diversos,
Que en unos cayeron ellas
Otros se burlaron de ellos;
Que es la historia de la caza
De estos, y de antiguos tiempos,
Y á quien con el campo parte
Admitasele por bueno;
Ya el sol la mitad del día
Fijara desde su cielo
Ocupando la fatiga
El primitivo denuedo,
Y cansados los corceles,
Cansados sus caballeros
Y fatigados los peones,
Y sin aliento los perros
Todos anhelan descanso
Que reparará su esfuerzo;
Entónces dijo don Juan
Hora es ya de que cesemos,
La diversion si es fatiga,
Diversion deja de serlo;
Y dirigió su tordillo
A donde llaman el cerro
Donde una ermita existía
De no muy remotos tiempos;
Paró allí la comitiva
Y en la alfombra de su suelo
Hubo un rato de descanso,

Pero luego se estendieron
En la campestre comida
Los manteles por el suelo,
Y las viandas y los vasos
Se cruzan de ambos extremos,
Y aparecen desaparecen
Ya vacíos y ya llenos
Y el descanso es un descanso,
De continuo movimiento;
Rodó la conversacion
Sobre las liebres y perros
Si la Mona se portara
Si Solitaria dió juego
Si Tomillo prometía
Si era buen diente el de Prieto:
Hubo brindis ¿cómo no?
En toda guerra hay estruendo,
La música sin sonido
Es pintura para ciegos;
La presencia de don Juan
No era un estorbo á sus deudos
Que afectuosos le querían
Por padre de todos ellos,
Era el padre era el amigo
Era de todos el centro:
Así tambien nos describen
Los patriarcas de otros tiempos
Y con patriarcales usos
Felices los hombres fueron;

Mas luego la animacion
Iba tomando otro sesgo
Contemplando la campiña
Tendida á los piés del cerro
Cual una sábana inmensa
Estendida hasta lo léjos;
Luego se habló de la ermita
¿Y no hay, preguntó, uno de ellos
De esta ermita alguna historia
Tradicion, leyenda ó cuento?
Si tal, le dijo don Juan
Y pues deseais saberlo
Tengo suma complacencia
En referir el suceso:
Varias ruinas existían
En el centro de este cerro,
Y de tradicion distinta
Las suponían los pueblos,
Quién edificio templario
Quién castillo, quién convento,
Y las viejas que fué cueva
De diabólicos enredos,
Y aun que el diablo se asomara
Con su rabo y con sus cuernos;
Pero todos convenían
Que existía algun misterio
Por noticias que tenían
De ciertos ruidos secretos;
Fuera de ello lo que fuere

No había nada de cierto,
Pero el vulgo dió en decir
Que era la vírgen del cerro;
Unos jóvenes no más
Riendose de misterios,
Y burlándose de todo
Lo que podía ser bueno
Por desprecio le llamaban
El corral de los becerros;
El primer día de Octubre
A cazar se reunieron
Cuatro cabezas ligeras
A todo malo dispuestas;
La consigna era cazar
Y una tarde de recreo,
Y fué animada la caza
Y fué estremado el contento,
Mas ¡oh desdicha inherente
A los placeres terrenos!
En medio de esta alegría
Se escondía un sentimiento;
Día era de despedida;
De un adios tal vez eterno
De una ausencia que pondría
Un muro entre todos ellos:
Por carreras muy distintas,
Y por países diversos
A marchar se disponían
Los cuatro amigos sinceros

No quiero decir sus nombres,
Los llamaré con diversos,
El vosablo no hace al caso
Lo que importan son los hechos;
Suarez el mas indevoto
A América partió luego,
Hernandez á Inglaterra
Y al ejército Romero,
Sanchez quedó en el país,
Y vecino de estos pueblos;
Pero contemos ahora
Los propósitos de entre ellos:
A los veinte años cabales
Fué entre los cuatro convenio
Que cualquiera que existiese
Acudiera sin remedio
A contar sus aventuras
Al corral de los becerros;
Entre brindis y entre copas
Ahogaron sus sentimientos
Sus cabezas se exaltaban,
Y lloraban en secreto;
Por fin cada cual partió
Tomando rumbo diverso;
Pasan meses, pasan años,
Y van corriendo los tiempos,
Y aquel plazo tan lejano
Va poco á poco viniendo;
Que interminables parecen

Veinte años para este tiempo
Y bien mirando veinte años
Tan solo son un momento,
Ese plazo indefinible,
Un período tan inmenso,
Tuvo fin, se concluyó,
Y el día llegó el momento;
En el primero de Octubre
El que fijaba el convenio,
Y Sanchez y su criado
Con dos caballos salieron,
Y abandonando la Villa
Al cerro se dirigieron;
Iba Sanchez pensativo
En su mente revolviendo
Emociones que afectaban
Sus dolorosos recuerdos
Ca, ninguno, es imposible,
Entre sí marcha diciendo
Es imposible que venga,
Los otros dos ya murieron,
Mas entre esperanza y duda
La incertidumbre es tormento
Tormento que al alma aflige
Hasta llegar el momento:
Y entre dudas y temores
Y entre lúgubres recuerdos
El Sanchez y su criado
Llegaron hasta este cerro.

Sanchez dejó su caballo,
Y en solitario paseo
Nadie en derredor veía,
El campo estaba desierto:
Pasan y pasan las horas,
Y pasando va ya el tiempo
Y Sanchez solo se encuentra
En solitario paseo;
El sol entre opacas nubes
Va al poniente descendiendo,
Y ya no faltaba una hora
A su rayo postrimero,
Y en tanto Sanchez se agita,
Y con lastimoso acento
Con una lágrima dice
Yo solo existo de entre ellos,
Dos ginetes entre tanto
Se divisan á lo lejos
Que á trote resuelto vienen
Dirigiéndose á este cerro:
¡Hola hola! y que caballos
Son imágenes del viento
Abanzan como una nube
Se encuentran ya donde el cerro;
Inmóvil Sanchez en tanto
Le está el corazón laliendo
Inmóvil sufre en sí mismo
Su palpitable tormento,
Se acercan los dos ginetes,

Apéase el uno de ellos
En Sanchez fija los ojos
Que le está mirando atento;
Y en aquel crítico instante
En un rápido momento
Cual cercanos al contacto
Se juntan iman y hierro,
Así repentinamente
Se abrazan los caballeros;
Hay algo que se concibe
Sin que se pueda hablar de ello;
Sanchez y Suarez se abrazan
En el día del convenio;
Dejemos á su emocion
Gozo, lágrimas y tiempo
Y que pasen los instantes
Que en el hombre son supremos;
Y ya un tanto sosegado
Aunque conmovidos vemos
Que cumplen con la promesa
Que hicieron en su convenio:
Muchas páginas costara
El referir los sucesos
Que en los veinte años pasaron
A los cuatro caballeros;
No es ya del caso, tan solo
El origen buscaremos
Para que se construyera
Esta ermita en este cerro;

Oigamos pues como Sanchez
Relata algunos sucesos;
Principio dijo por mí
Por claridad de los hechos;
A poco tiempo despues
De aquél célebre convenio
Me casé y determiné
El vivir en este suelo,
Y meditando en mí mismo
Pensando en lo malo y bueno
Por lo último me decido
Detestando lo primero:
Y acudí á la autoridad
Quité las ruinas del cerro,
Y en su vez puse una cruz,
Que llamaron cruz del cerro,
Unos años se pasaron,
Un dia recibo un pliego
Con una letra de cambio
Y con impaciencia veo
Que Hernande ha fallecido,
Y que al morir ha dispuesto
Se me entregue aquella suma
Y que en la cima del cerro
Haga algo con que recuerde
A hombre el poder del cielo:
Pocos años mas pasaron,
Llega un dia un granadero,
Y unos papeles me entrega

Con un rollo de dinero
Ahí teneis, que estoy de prisa
Me dice y partió al momento;
En un combate reñido
Vencedor quedó Romero
Mas una herida mortal
Causóle la muerte luego;
Mas ántes á un oficial
Entrególe aquél dinero
Diciendo que me lo enviase
Que yo invirtiera en el pueblo
En algo que le sostenga
En la fé de sus abuelos,
El oficial me escribía
Relatándome estos hechos;
Aquí Sanchez concluyó
A su final añadiendo
Que él agregaba una parte
A la de Hernande, y Romero
Para el coste de una ermita;
Y Suarez principió luego
A referir que á la América
Se embarcará al poco tiempo
Donde un primo de su padre
Quería tener un deudo;
A la América pues Suarez
Partió de ilusiones lleno,
Y con viento bonancible
Caminaron largo trecho:

Mas cuando ménos pensaba
Sale un huracan violento
Que descuadernando el buque
Lo pone en completo riesgo:
Suarez medita entre sí,
Se dirige humilde al cielo,
Y hace un propósito firme
De ser virtuoso y perfecto,
Y por fin desembarcaron
Por suma bondad del cielo;
Su tio lo recibió
Con un cariño paterno,
Largo tiempo vivió Suarez
En el mejicano imperio
Los negocios de su tio
Manejando con acierto
Y éste por fin al morir
Mandóle un caudal inmenso;
Ya se pasaban veinte años,
Y se acercaba el momento,
Que su presencia pedía
El convenio de este cerro;
Suarez se embarca, y á Europa
Llegó con próspero viento:
Lo demás ya lo sabeis,
Y tan sólo añadirémos
Que tambien contribuyó
Para la ermita del cerro:
Pero ¡ay! Suarez derramó

Su tesoro en estos pueblos,
La humanidad le es deudora
De los más gratos recuerdos;
Allí do existía un mal,
Allí se hallaba el remedio
Que un incógnito llevaba
Sin que se nombrase el dueño;
Mas ¡ay! ya Suarez murió
Halla beneficio el cielo
Recompensará sin tasa
Su caridad y su celo,
Tan sólo existe ya uno
De los cuatro compañeros;
Hizo una pausa don Juan
Sintió conmovido el pecho
Cual si digera entre sí
Sólo vivo yo de entre ellos
Pues en efecto don Juan
Era el cuarto caballero;
Pero don Juan se repuso,
Y con semblante sereno
Continuó su relacion
Y se expresó en estos términos,
Ya oisteis la fundacion
De ésta ermita que aquí vemos
La mudanza de estos cuatro
Obra sólo de algun tiempo,
Visteis pues la cacería
De este dia de recreo

Pues en ella está el emblema
De los sucesos del tiempo
Lo mismo hablo de lo antiguo,
Que digo de lo moderno:
Buscan fortuna los hombres
Aunque por rumbos diversos,
Y la fortuna se esconde
Sin dejar cogerse de ellos,
Otra vez mas caprichosa
Busca al de menos esfuerzo,
Y alguna vez se enamora
Del que está tranquilo y quieto;
Así el vulgo lo pregona,
Y repite por el pueblo,
Mas yo desprecio estos dichos,
Y dirigiéndome al cielo
Veo allí la Omnipotencia
Que dirige con el dedo
La suerte de los mortales
Por incógnito sendero
Dándoles libre alvedrío
Para lo malo y lo bueno;
¡Ay hijos! tal vez vosotros
Cual los cuatro compañeros
En los veinte años que vienen
Iréis por rumbos diversos
Venid á juntar entonces
Virtudes para ir al cielo,
Ya no existiré yo entonces

Pediréis por mí al Eterno;
Así concluyó don Juan,
Hubo un punto de silencio
Un instante conmovido
Quedóse tranquilo á luego,
Montó entónces su Tordillo
Siguió el acompañamiento
Y camino de la Villa
Al trote se dirigieron.

EPÍLOGO.

Ya no existe ermita alguna
Donde llamaban el Cerro
Pero que la hubo contestes
Lo afirman todos los viejos;
El terreno inculto entonces
Es hoy un fuerte viñedo
Y donde existió la ermita
Construyeron los del pueblo
Una casilla que albergue
De las aguas al viajero,
O al labrador que trabaja
Cultivando aquel terreno,
El nombre algo corrompido
Es efecto de los tiempos
Y á lo que antes se decía

Que era la ermita del Cerro
Le designa hoy el país
Con la casilla de Cerio.

EL DUELO.

Ya el sol por el horizonte
Su curso va descendiendo
Plegando sus rayos de oro
Entre arreboles de fuego;
Ya el ambiente embalsamado
Empieza á aspirar el pecho
Y el aroma de las flores
Y el aura del arroyuelo,
Y la tarde de verano
Sucede al tostado suelo
Que el disco solar de Agosto
Ha abrasado con su fuego;
Oh tarde, plácida tarde,
Tú el alivio y el consuelo
Le llevas al labrador
Atado en el día al suelo;
Y á aquél que en profundo estudio
Consumiendo el día entero
Sale á respirar el aura
Del ambiente placentero;

Es la tarde de verano
Tranquilo se encuentra el cielo,
Ni el viento la nube agita
Ni zumba espantoso el trueno;
Y la villa de Laguardia
Domina el esterso suelo
Desde el monte de Toloño
A las riberas del Ebro,
Como reina que en su trono
Está presidiendo al pueblo,
Sobre una elevada cuenca
Ha colocado su asiento,
Sus elevadas murallas
La tienen siempre á cubierto
Del choque del castellano
Y del furor de los vientos;
Que los reyes de Navarra
Planta y muralla le dieron
Y un castillo que proteja
De los suyos el esfuerzo;
Es Laguardia de Navarra
Su nombre de antiguos tiempos,
Un baluarte que sus reyes
Colocaron junto al Ebro
Límite de sus estados
Antemural de su reino,
A una legua de Laguardia
Sobre la márgen del Ebro
Sentado en una colina

Se encuentra un vistoso pueblo,
Pintoresco por su vista
Delicioso por su suelo,
Y aunque pequeño en su cifra
Por su terreno opulento,
San Andrés de la Ribera
Como tal le conocieron
Y aún ruinas y sepulturas
Se encuentran de aquellos tiempos;
La casa de los Guevaras
Allí colocó su asiento
Rico palacio en sus rentas
Y en su edificio opulento;
De sus altos miradores
Se encuentra á su norte el cerro
Donde se asienta Laguardia
Dominando aquel terreno,
Y algun tanto retiradas,
Cual fantasma gigantesco,
Las montañas que parecen
Desafiar los elementos;
A su mediodia estiende
La Castilla su terreno
De este reino separada
Por los raudales del Ebro,
Y en su poniente murmura
Serpenteando un arroyuelo,
Que Riomayor le llaman
Y en esto irónicos fueron;

La tarde va declinando
Y en el dilatado cielo
La noche tiende su manto
Salpicado los luceros
Todo al descanso propende
Y todo tiende al silencio,
Si el silencio no interrumpe
Algun acontecimiento;
Mas se escucha de repente
De Laguardia el campaneo,
Sus almenas se iluminan
Cual por encanto los pueblos
Volteando están sus campanas
Víctores lanzando al cielo,
Y á dar al Señor las gracias
Acude la gente al templo
Porque hoy la coronacion
Es de don Carlos tercero
El noble rey de Navarra
El que domina este suelo;
San Andrés de la Ribera
Asociándose al festejo
Celebra con regocijo
El fausto acontecimiento;
De una música armoniosa
Resonando los acentos
Se escucha la melodía
Y el compasado concierto;
La casa de los Guevaras

Que en su salon opulento
Suntuoso baile celebra
Con los magnates del pueblo;
Magnífico es el salon
Parece el alcázar régio
Traido allí por encanto
O por fantástico sueño;
Presídelo don Garcés
Representando su dueño,
Que es la bella Rosalía
De que es curador y deudo;
Marchando van las parejas
Con pausado movimiento,
Discretos y respetuosos,
Como costumbre del tiempo
Y entre tanto Rosalía
Que cual reina del Torneo,
Radiante con su hermosura
Deslumbra en aquel festejo
Triste se halla, y abatida,
Y tristes son sus acentos,
Y el regocijo de todos
Parece siguiendo á remo,
Es lánguida su sonrisa
Sus ojos no tienen fuego,
Ni es radiante su mirada
Que á un bronce postrára al suelo
Que algo agita á esta hermosura
En sus tres lustros y medio,

Fantástico ó efectivo
O triste presentimiento,
Ay hermosa Rosalía,
Sufre tu pena en secreto
Que á veces la copa de oro
Contiene mortal veneno.

II.

Dejemos ya los salones
De la danza, y de la fiesta,
Y bajemos los peldaños
De la espaciosa escalera
Donde en vistosos cambiantes
Las luces se reververan;
Corramos la planta baja,
Un tránsito la atraviesa,
Y allá en su fondo encontramos
Oculta una angosta puerta,
Abrámosla, y descendamos
Una escala mas estrecha;
Dos tramos tan solo alumbra
Débilmente una lucera,
Y aun bajan los escalones
Que nos muestra la linterna,
Un fresco de subterráneo
Por nuestros huesos penetra
Pero el aire enradecido
En tal mansion no molesta

Que un alto respiradero
De la infeccion lo liberta,
Estamos en el verano
Y esta estancia si no seca
De sus paredes al menos
Filtraciones no gotean,
Tal vez en un largo invierno
A él las aguas descendieran
Y sus señores previendo
El que tal aconteciera
Un conducto que desagüe
Prudentes le previnieran
Y este á la campiña sale
Oculto por tosca piedra
Y al subterráneo la entrada
Con puerta de hierro cierra;
Caminémos, débilmente
Una lámpara praxecta
Tétrica luz que en el muro
Su negro no la refleja;
Abancémos, en el fondo
Gallardo jóven se encuentra
Con traje rico, y bordado,
Y sujeto á una cadena;
Manchado un tanto el ropaje
Un gran valor representa,
Es el traje de un señor
De la elevada nobleza,
Es jóven la fantasía

Ha enardecido sus venas,
En frenesí lo convierte
Y así á sus solas se expresa;
Desgraciado, la fortuna
Parece me sonriera
Jóven, vigoroso, un título
Y bienes que lo sostengan,
Y un amor correspondido
¿Qué más pedir se pudiera?
Y sin embargo aún no sé
Si esta noche es la postrera
De la estancia en este mundo
Que acabe con mi existencia.
Y aquél jóven se paraba,
Parece que enmudeciera,
Y otra vez se paseaba
Al compás de su cadena;
Dejémosle solitario
Sufriendo su suerte adversa
Y marchemos á otra estancia
Para ver lo que en sí encierra
El palacio de Guevara
En el día de la fiesta;
Pero primero, lector
Es conveniente que sepas
Algunos antecedentes
Que aclaren esta leyenda.

III.

El Conde de Valrodrigo
Y don Cárlos de Guevara
Largo tiempo há eran rivales
Con enemistad marcada;
Una cuestion de etiqueta
En un baile de Laguardia
Determina á los rivales
Que al campo á batirse salgan,
Y ambos fieles á la cita
Los halla la madrugada,
Dispuestos á la pelea
Y dispuestas las espadas;
Desconocido fué el duelo,
Mas alguno allí espirara,
Hubo allí rastro de sangre
Y la huella en la pisada
Indicara que á uno de ellos
Al Ebro se lo arrojara,
Los dos desaparecieron,
Y desde aquél tiempo nada
Indicara el resultado
De la sangrienta jornada;
Desde entónces enemigos
Se miran en ambas casas,
Y cada cual de asesinos
A sus contrarios achaca;

El conde de Valrodrigo
A don Enrique dejaba
Niño aun que á los diez años
De su vida no contara;
Méno aún Rosalía
Que huérfana se quedaba;
Vino entónce don Garcés
A representar la casa
Como curador y deudo
De la niña de Guevara
Que aunque pariente lejano
Las leyes lo designaban;
Era el don Garcés un hombre
De una vida un tanto airada
Militar algunos años,
Y luego se retirara
Malbaratando sus bienes
Y destruyendo su casa,
Mala suerte le cupiera
Sin la casa de Guevara;
Es él don Garcés de Almuza
De muy ilustre prosapia
Pero el árbol vigoroso
Tambien cria inútil rama
Y la heredad que dá el trigo
Produce en él la cizaña,
Quién habrá que entre los suyos
No halle persona mediana
Pero se canta lo bueno

Y lo que es malo se calla ;
Corre mientras tanto el tiempo
Creciendo el ódio en las casas,
Pero creciendo los niños
Se miran, se ven y se aman;
Y ni el ódio de familias
Ni la enemistad pasada
En su pasión vehemente
Alteran un punto nada;
El jóven de Valrodrigo
Siempre acechando á su amada
Continuamente las cercas
Recorre de los Guevaras;
Infame es el don Garcés
Y tiene muy negra la alma
Y al jóven de Valrodrigo
Le dispone una emboscada;
Cercado se vé una noche
De cuadrilla enmascarada
Que silenciosa le guía
Al palacio de Guevara,
Pero el vil de don Garcés
No es un mozo que se para
Y si á sus miras conviene
Por sus proyectos lo mata,
Tiene el villano Garcés
Proyectos con la Guevara,
Y le abona el colorido
Del ódio hácia la otra casa;

Si con un sobrino suyo
A la Rosalía enlaza
Naturalmente se queda
Como dueño de la casa
Y así la aversion á Enrique
Más que un odio es una traza;
Pero de todo es capaz
Lo pervertido de su alma;
Capataz y mayordomo
De los criados Torralva,
Treinta años de buen servicio
Cuenta en la casa Guevara,
Por sus servicios Garcés
Le aprecia porque le valga,
Cuéntase que vió el combate
De don Carlos de Guevara,
Pero difícil sería
Arrancarle una palabra,
Torralva y sus dependientes
Aquellas campiñas labran
Pero si acaso convienen
Pónense cuera y espada
Porque á veces los bandidos
Han investido á la casa;
La Rosalía para él
Más es una hija que una ama
Pues el cariño de padre
La tiene desde su infancia;
No es de Garcés confidente

Que este empleo es de Guadaira
El hombre más pervertido
Que haya pisado la casa
Instrumento de Garcés
Más no inspira gran confianza;
Con estos antecedentes
Entremos ahora en la estancia
En que se halla Rosalía,
Y el mayordomo Torralva;
Rosalía está llorosa,
Aun se conserva ataviada
Como se mostró en el baile
Vestida de fiesta y gala,
Sácame del laverinto
En que me veo Torralva,
Exclama la Rosalía
Derramando alguna lágrima,
Me propone don Garcés
Que lo piense hasta mañana
Dar la mano á Garcí-Perez
Su sobrino el de Vizcaya
O si no que á Valrodrigo
Al fondo del Ebro encaja,
Ya le tengo en mi poder
Me dijo, con una plancha
Pendiente á un dogal del cuello
La cosa está terminada,
Piénsalo bien, Rosalía
Y la respuesta mañana;

Yo me temo si Garcés
Lo tiene ya preso en casa,
Pues que baja comestibles
Ocúltamente Guadaira;
Rosalía, sosegaos,
Le contestó el fiel Torralva;
Descansad si ahora podeis,
Y procurad tener calma
Y pedid vos á la Virgen
Que yo buscaré la traza
Y ver si impedir podemos
Crímen y maldad tamaña,
Dijo Torralva, y marchó;
Y en fervorosa plegaria
Largo rato aquella noche
La Rosalía pasara.

IV.

¡Qué largas pasan las horas!
Su duracion cómo pesa
Al alma que está sufriendo
Víctima de la honda pena,
Desgraciada Rosalía,
En vano tu esfuerzo intenta
Apartar de ante tu vista
Ese espantoso dilema,
Y huye el sueño de tus ojos
Y tu mente se halla inquieta

Y tu triste corazon
Es de amargura la presa,
Sufre, sufre Rosalía,
Sufre callando tu pena
Que en el Cielo la virtud
Encuentra la recompensa;
Entre tanto el buen Torralva
Por su estancia se pasea
Con la calma y el aplomo
Del alma siempre serena,
Luego separa una llave
De entre otras de una alacena,
Y revisa unas espadas
Y revisa una linterna,
Luego se arroja en su lecho
Y ronca con poca pena;
Despierto se halla Garcés
Por que su conciencia inquieta
En un pecho criminal
Siempre imprime alguna huella,
Y á sus solas calculando
En su temeraria empresa
Mira primero su riesgo,
Y luego la recompensa:
Mientras tanto en el Oriente
Muestra el sol su cabellera
Trayendo la luz al mundo,
Vida á la naturaleza;
Y con sus trinos las aves

Le saludan placenteras;
Pero dejemos que el hombre
Principie con sus tareas,
Y expliquemos otro asunto
Concerniente á esta leyenda:
Gobernador de Laguardia
De Marañon y otras tierras
Era en aquella sazón
El señor de Romaneda
Y deudo de Valrodrigo
Sobrino á quien mucho aprecia;
Tan luego como del Conde
Se conociera la ausencia,
Sus deudos le previnieron
Sus temores y su pena,
Y aunque el tal gobernador
No era hombre de mucha espera,
Quiso en semejante asunto
Obrar con tino y prudencia;
Mas las horas van pasando,
La tarde está placentera,
Y su luz la luna ofrece
Aquella noche serena;
Garcés se halla con Guadaira
En conversacion secreta,
Y como dos camaradas
En su estancia se pasean;
No es que Garcés de Guadaira
Pida consejo en la empresa

Lo que quiere es tantearle
Y conocer donde llega,
Por que el puñal del malvado
A veces suele dar vuelta
Que la direccion del golpe
La guia la recompensa:
La noche empieza á avanzar
Clara pero siempre seria,
Tiene gravedad lo negro
Dígase lo que se quiera,
Y con Guadaira, Garcés
Desciende por la escalera,
Puestos en la planta baja
Por su tránsito atraviesan,
La puerta del subterráneo
Han pasado, en la escalera
Un instante se detienen,
Y encienden una linterna,
Y bajan sus escaleras
Y Guadaira allí se queda,
Solo avanza don Garcés,
El que hasta el conde se llega
Y entonces entre los dos
Este diálogo comienza

Garcés. Dios os guarde Valrodrigo,

Conde. El gué vuestra conciencia,

Garcés. Perdonadme si enojosa

Os es tal vez mi presencia,

- Conde.* Irónico don Garcés,
Principias vuestra propuesta;
- Garcés.* Nunca Conde, de ofenderos
He tratado,
- Conde.* Mi cadena
Hace inútil los perdones
Qué profiere vuestra lengua;
- Garcés.* ¿Queréis que os la quite?
- Conde.* Nó
Es un timbre á mi nobleza
Que me poneis, don Garcés,
Atándome á esta cadena;
- Garcés.* Para el campo, señor Conde,
Debeis guardar la fiereza,
- Conde.* Para el campo, don Garcés,
Debeis guardar la nobleza
- Garcés.* Decid, Conde, si quereis
Escucharme mi propuesta,
- Conde.* Hace rato que os escucho,
Hablad
- Garcés.* Pues enhorabuena,
Bien conoceis, Valrodrigo,
Que no es amor que es quimera
Tratar ahora de un enlace
Entre las familias nuestras,
Siempre quise conciliarlas
Siempre hallé desavenencias,
Vuestro amor con Rosalía
No extingue, aumenta la hoguera

Y el ódio de las familias
Cada vez mas se renueva
Y vos y yo, Conde, somos
Sus dos víctimas primeras;
Vos mismo, Conde, debeis
Ayudarme en esta empresa
Disuadiendo á Rosalía
Que es el fin de mi propuesta;

Conde. Mal parado don Garcés
Habeis quedado con ella
Cuando al Conde Valrodrigo
Buscáis en ayuda vuestra,
Contra el teson de una dama
Me pedís una bajeza,
No, don Garcés, ya enojosa
Se me hace vuestra presencia;

Garcés. ¿Ignoráis, Conde que puedo
Sepultaros en la tierra?

Conde. ¿Sabéis don Garcés que encima
Me pondrán vuestra cabeza?

Garcés. ¿Si ahora os entierro, quién puede
Pedir cuentas á la tierra?

Conde. Se las pedirá á Garcés
El señor de Romaneda;
El diálogo continuara
Si aquí no le interrumpiera
Ruido de gente con armas
Que en el acueducto suena;
Retírase don Garcés

Cercano de la escalera;
Abren la puerta de hierro
Que la entrada al campo cierra,
Y entran cuatro hombres con armas
Y el que jefe pareciera;
Soltad al Conde, les dice,
Y le quitan la cadena,
Venid, Conde, con nosotros
Que libre estais de esta fiera;
¿Quién sois vos dice Garcés
Al borde de la escalera,
Que así en mi casa mandais?
¿No me conoces? contesta
El Jefe que aquellos manda
Alzándose la visera
Pues soy Carlos de Guevara;
Aquel eco así resuena
En los cóncavos profundos
Como en las altas esferas
El tableteo del trueno
Que al mundo el espanto lleva;
Suben Garcés y Guadaira
Del palacio la escalera
Y Valrodrigo y Guevara
Con los suyos por la puerta
Que dá al campo se dirige
A Laguardia vía recta.

V.

Garcés sube con Guadaira
Del subterráneo al palacio,
Y á sus criados Garcés
Ordena que al punto armados
Guarde cada cual su punto
Por si se diera un asalto;
Bien quisiera don Garcés
Atacar á los de Cários
Pero teme receloso
No caer en algun lazo;
Sin embargo manda algunos
A que recorran el campo;
Y espera con precaucion
A saber el resultado;
No tardó mucho en saberse
Que solo los cinco andando
El camino de Laguardia
Llevaban ya adelantado;
Deja entónces un vigía
En el mirador mas alto,
Y de los puestos que ocupan
Se retiran los criados;
Pensativo está Garcés,
Y á sus solas meditando
En un salon se pasea,
Y así dice calculando,

Aun existe el de Guevara,
Se presenta en su palacio
Y de él me despide á mí
Como quien arroja un trasto,
Porque ya el de Valrodrigo
No ha de enredar lo pasado
Pero aun mi situacion mas negra
La encuentro por otro lado,
La prision de Valrodrigo,
La escena del subterráneo
Y yo que ya propio mio
No tengo casa ni campo.....
Todo esto mueve á Garcés
A marchar á un reino extraño
Cargando la plata y oro
Que recoja en el palacio,
Al mismo tiempo Torralva
El dinero adelantado
Que pueda recogerá
De granos almacenados
Y de los frutos restantes
Ya pendientes en el campo;
Llama á Torralva y le ordena
Que ántes del dia á caballo
Marche en busca de dinero
Que le traiga adelantado
Vendiendo todos los frutos,
Y á la noche es necesario
Le presente cuanto pueda

Que es grave y urgente el caso;
Torralva se retiró
Despues de bien enterado
Los proyectos de Garcés
En su interior sospechando;
Mientras tanto con Guadaira
Garcés reune en un cuarto
El diamante, plata y oro
Que se encuentra en el palacio;
Mañana dice Garcés
En su mente meditando
Quieran tal vez arrestarme,
Vendrán algunos soldados
Si son pocos me resisto
La vuelta á Torralva aguardo,
Para escapar por la noche
Me basta con un caballo;
Si son muchos no lo espero,
Lo he de saber de antemano
Tengo tiempo de marchar
Con lo que hay atesorado,
Pongamos pues espionage
Que avise lo necesario,
Dijo Garcés y ordenó
A algunos asalariados
Que parte le den de todo
Espiendo bien el campo;
Previsto todo, Garcés,
Quiso descansar un rato,

Pero el descanso huye de él
Está su pecho agitado
Algo atrevido es llevar
Su fortuna en un caballo.

VI.

El señor de Romaneda
En Laguardia residía,
Era su gobernador
Y su mando se extendía
A Marañon y Pedrola;
Los poderes que tenía
Eran propios de aquel tiempo
Que casi en guerra continua
Estaban estas riberas
Fronterizas de Castilla;
Sin el nombre de virey
Como un virey ejercía;
Con Carlos tercero el Noble
Tenía una gran valía,
La estancia de Romaneda
Es sala elegante y rica;
Multitud de cornicopias
Aquel ámbito iluminan;
Sentado el de Romaneda
A sus costados tenía
A Valrodrigo y Guevara
Y contad á este decía

Las desgracias y vaivénes
De vuestra azarosa vida;
Breve será dijo entónces
Guevara, la historia mia;
Entre el Conde Valrodrigo
Y mi familia existian
Algunas rivalidades,
Mas llegado cierto día
Hicimos punto de honor
Sostener una porfía,
Ridículo fué, pretexto
Que á un duelo nos conducía,
Ni el uno ni el otro cede,
En el campo se ventilan
Digimos tales asuntos
Y al campo dímonos cita;
Cada cual con un criado
Al querer romper el día
Armados nos avistamos
Del Ebro en la verde orilla,
Cruzándose las espadas
La contienda fué reñida
Y el Conde en el suelo cae
Poco menos que sin vida
Corrimos á socorrerle
Yo mismo vendé su herida
Gracias, el Conde me dijo
Guevara, y su mano amiga
Me tiende, yo la estreché,

Y hubiera dado mi vida
Para salvar la del Conde
Pero su sangre corría
Miró al cielo y espiró.....
Una lágrima furtiva
Cubrió el ojo de Guevara
Cuando el lance refería,
Al Conde le dimos tierra,
Su criado se retira
Dispuesto á ocultar fielmente
La catástrofe del día,
No vuelvo, dije á Torralva
A ver tan pronto á mi hija,
Quiero por un Valrodrigo
Primero exponer mi vida
Y por ahora á las banderas
Marcho del Rey de Castilla,
Séme fiel Torralva, adios,
Y cuídame de mi hija;
Pasé el Ebro en mi caballo
A tierra desconocida:
Ocupaba á la sazón
El trono de las Castillas
El Rey Enrique segundo
Y pude hallar en sus filas
Un puesto que me alcanzara
Un amigo de valía;
Sucedió don Juan primero
Y las armas de Castilla

Movió contra el Portugal;
No la fortuna propicia
Le asistió constantemente,
Pero una historia prolija
De mi vida aventurera
A nada conduciría;
Diez años serví fielmente
A los Reyes de Castilla
Desterrado de mi patria
Y con una errante vida;
Volví al fin á mi país,
Quise saber de mi hija,
Y en traje de peregrino
Entré por las tierras mías,
Pronto por Torralva supe
De mi casa y mi familia,
La lealtad de Torralva
Está en mi pecho esculpida,
Supe por él el cariño
Del de Valrodrigo y mi hija
Y tambien supe por él
Del vil Garcés la perfidia,
Ahora es la hora dije entónces
De valer á esa familia;
Torralva me dió la llave
Que aquél calabozo abría
Y tres paisanos que armados
Llevase en mi compañía
Lo demás bien lo sabeis;

Agitada fué mi vida,
Pero si mis ojos vieran
Enlazar á Rosalía
Con el conde Valrodrigo
Mi pecho descansaría,
De bálsamo á mi conciencia
Este enlace serviría;
Pues si bálsamo este fuera
El Valrodrigo replica,
Que vuestra pena mitigue,
Para mí será la dicha
Mayor que en el mundo espero
Mientras en el mundo exista;
Entónce el de Romaneda
Uniéndose á la alegría
De aquellos competidores
Feliz eso dijo este día
Que imprime su eterno sello
A la union de estas familias;
Acordóse en el momento
Que ántes que el sol brillaría
Un piquete de soldados
Preso á Garcés traería
Y tambien que Valrodrigo
Al punto celebraría
Su enlace tan deseado
Con la bella Rosalía;
Entónces se retiraron
Ya media noche vencida

¿Mas quién sabe los sucesos
Que acaecen en el día?

VII.

Es la mañana y la aurora
Esa luz de azul y plata
Que vuelve la vida al mundo
Por las alturas derrama;
Y Guevara y Valrodrigo
Ya se alejan de Laguardia
Con un grupo de soldados
Que el gobernador enviara,
En el camino se encuentra
Un ginete, era Torralva,
Que la intencion de Garcés
Que bien comprende relata
Se incorpora, y juntamente
Van al palacio Guevara;
Ya el sol con sus rayos de oro
Todo el hemisferio abraza,
Y ya tambien don Garcés
Está en su palacio en guardia;
Llega la tropa, lo cerca,
Y que se rinda le encarga,
Mas no entiende don Garcés
De acceder á la demanda
Y se dispone la tropa
A que abra la puerta el hacha,

Pero Garcés con los suyos
Vigoroso lo rechaza;
Muy pocos son los soldados
Y la empresa es arriesgada
¿Mas que peligro se opone
Al corazon de un Guevara?
Mas con toda su bravura
No basta á romper la entrada
Y aquel corazon de fuego
Se quema en su propia rabia;
Un largo rato combaten,
Cuando el infame Guadaira
Calculando la ocasion
La entrega con negra trama,
Incendia dentro el palacio
Y va subiendo la llama
Que en densas columnas de humo
Sobre el tejado se lanzan,
Y empieza la confusion
Y el desórden de la casa,
Y calculando el instante
Roba el tesoro Guadaira,
Y en un caballo á carrera
Sale por la puerta falsa;
Los soldados ya penetran,
Unos á otros se reclaman,
Y todos allí se juntan
Dueños ya de aquella entrada;
Conoce entonces Garcés

La perfidia de Guadaira,
Y su contraria fortuna
Se muestra á su frente clara,
No calcula más Garcés
Empuña firme su espada
Y con nervioso delirio
Contra la tropa se lanza;
Ríndete infame, le dice
Colérico el de Guevara;
Yo rendirme á un asesino,
Contesta Garcés con rabia,
Ante tus piés humillarme....
Yo un Garcés....y yo un Guevara
Sufrir tal...contesta Cárlos
Y hierro en mano á él abanza;
Pocos momentos despues
Garcés entregaba su alma,
Y los suyos desde entonces
Deponen todas las armas;
Entre tanto del incendio
Se estiende voraz la llama
Que al intrépido repele
Y al mas valiente rechaza,
Rosalía, Rosalía,
Ha exclamado el de Guevara,
Rosalía, Rosalía,
Todos unánimes claman
Mas la infeliz Rosalía
En una torre encerrada

A la madre del Eterno
Ora con triste plegaria;
Cae con horrible estruendo
La ala izquierda desplomada
Y el polvo de los escombros
Confundido con las llamas,
Y la techumbre que cae
Y el murallon que amenaza
Imposible á un ser viviente
Han hecho de aquella estancia;
Ya vacila el torreón
Ay infeliz desgraciada
En él está Rosalía,
Y nadie puede ampararla;
Tiembla convulso y sin fuerza
Por primera vez Guevara
Y el torreón se desploma
Y entre su escombros y su llama
Aparece Rosalía
Con vida aunque desmayada,
Penetra audaz entre el fuego
Su padre para librarla,
Empresa sólo posible
Al corazón de un Guevara;
Se ha salvado Rosalía,
Rosalía desmayada,
Está en brazos de su padre
Que á la muerte la arrancara;
A un domicilio cercano

Rosalía es trasportada
Mas si conserva la vida
La Rosalía no habla;
En vano el de Valrodrigo
Su padre y el buen Torralva
Y el ministro del Señor
La dirigen la palabra;
Fijos los ojos al cielo
Lanzó su última mirada.
Rosalía á su Señor
Acaba de dar el alma;
Estátua de un duro bronce
Así quedó el de Guevara,
Pálido el de Valrodrigo,
Y lloroso el buen Torralva,
Y el ministro del Señor
Con fervorosa plegaria
Pide al Dios de las bondades
Los auxilios de su gracia;
Cual de un vértigo horroroso
Poseído el de Guevara
Adios, les dice me marcho
A morir en tierra extraña,
Ten un tercio de mis bienes
Por tus servicios, Torralva,
Dá á los pobres lo demás
Y que rueguen por mi alma;
Conde Valrodrigo adios,
Así concluyó Guevara;

Hácia un caballo se acerca
Sobre su silla se lanza
Pocos instantes despues
Desapareció Guevara.

VIII.

Ahí tienes caro Leon,
Las consecuencias de un duelo
Ponzoña que aún envenena
La cultura de estos tiempos;
De siglo de ilustracion
Este décimo noveno
Lo tienen clasificado
Personas de buen criterio
Y en este siglo, Leon,
Como á un tribunal supremo
Los pleitos del pundonor
Se confían al acero,
Y ni la moral cristiana
Ni del juicio el buen criterio,
Ni de la recta razon
El poderoso argumento
A tan fantástico mito
Contienen el movimiento;
Considera ahora, Leon,
De este siglo el juicio recto;
Jamás á su vanidad
Tributes tan vil impuesto,

Y si exigírtelo osa
Recházalo con desprecio,
Que el verdadero valor
Es el que sobreponiendo
Las leyes de la moral
A tan nécio devaneo
Al ridículo relega
El proceder de los nécios:
En esto hallarás Leon,
De tal error el remedio;
Mas el que aleve intentare
Cometiendo un desafuero
Poner tu vida en peligro
Creyendo inútil tu esfuerzo
Y por tu vida es preciso
Que caiga el contrario muerto,
Entónces, caro Leon,
La defensa es lo primero,
Y aquél que primero llegue
Que muerda el primero el suelo,
Que una cosa es la defensa
Y es otra el batirse en duelo;
Mas si con conciencia pura,
Y con heróico esfuerzo,
Quieres víctima entregarte
A la muerte tú primero
Antes que herir al contrario
Que pierda su fin eterno,
Hijo de mi corazon,

Que el cielo te dé su aliento
Que es el esfuerzo mayor
Que en el hombre vé el Eterno,
Jesucristo en el Calvario
Nos dió el primero el ejemplo;
Me dispensarás, lector,
Si moralmente contemplo
Bajo la recta razon
Del siglo los desaciertos;
Voy á contarte el final
De los héroes del Cuento;
Guevara peregrinando
Vivió entre remordimientos
Por fin murió en suelo extraño
Pidiendo perdon al cielo:
El Conde de Valrodrigo
Este mundo conociendo
De su bullicio alejado
Vivió feliz largos tiempos;
El vil Guadaira en una horca
Encontró á la fin su asiento:
El San Andrés ya no existe
Sobre sus campos amenos
Célebre por los claretos
De su aromático suelo
Descuella sobre una vega
Con magestad otro pueblo,
Patriarcal en sus costumbres,
En su proceder discreto

Jovial en sus diversiones
En las desgracias sereno,
Incansable en el trabajo
Y apacible por su genio,
Y es el pueblo que describo
La linda villa de Elciego.

:

There is a great deal of
of the same kind of thing
in the world, and it is
very common to find
the same thing in
different places.

ÍNDICE.

	<u>Paginas.</u>
María..	3
Jesús sacramentado.	5
El consuelo en la Fé.	5
El porvenir.	7
La oracion.	15
Prudencia.	30
La verdad.	34
La rioja alavesa.	37
El mar.	45
La plegaria.	54
El trabajo.	55
Inés.	69
La caza.	82
El duelo.	103

ERRATAS DEL AUTOR.

Página.	Verso.	DEBE.	DEBE DECIR.
18	10	disculpa,	disculpa
18	14	malgastado	mal gastado
38	8	rate	vate
48	3	se	si
48	3	Nelion	Nelson
48	22	trumbiro	triumbiro
52	20	espanta	espanto
53	14	esclarecida	esclavizada
54	22	quiera	quiere
57	13	desvalido;	desvalido
58	3	firma	forma
67	10	orienta	oriente
70	18	opuesto	apuesto
73	25	Vaya	va ya
82	6	Vayas	Vayais
86	12	saladina	saladina?
86	15	podenco?	podenco
93	3	vesablo	vocablo
100	9	Halla beneficio	Alla beneficio
104	6	estero	estenso
130	17	eso	es

PRINTED BY THE

1	1	1
2	2	2
3	3	3
4	4	4
5	5	5
6	6	6
7	7	7
8	8	8
9	9	9
10	10	10
11	11	11
12	12	12
13	13	13
14	14	14
15	15	15
16	16	16
17	17	17
18	18	18
19	19	19
20	20	20
21	21	21
22	22	22
23	23	23
24	24	24
25	25	25
26	26	26
27	27	27
28	28	28
29	29	29
30	30	30
31	31	31
32	32	32
33	33	33
34	34	34
35	35	35
36	36	36
37	37	37
38	38	38
39	39	39
40	40	40
41	41	41
42	42	42
43	43	43
44	44	44
45	45	45
46	46	46
47	47	47
48	48	48
49	49	49
50	50	50
51	51	51
52	52	52
53	53	53
54	54	54
55	55	55
56	56	56
57	57	57
58	58	58
59	59	59
60	60	60
61	61	61
62	62	62
63	63	63
64	64	64
65	65	65
66	66	66
67	67	67
68	68	68
69	69	69
70	70	70
71	71	71
72	72	72
73	73	73
74	74	74
75	75	75
76	76	76
77	77	77
78	78	78
79	79	79
80	80	80
81	81	81
82	82	82
83	83	83
84	84	84
85	85	85
86	86	86
87	87	87
88	88	88
89	89	89
90	90	90
91	91	91
92	92	92
93	93	93
94	94	94
95	95	95
96	96	96
97	97	97
98	98	98
99	99	99
100	100	100



